

9/210-20

UNA MONEDA AL RIO y otros cuentos

NICOMEDES GUZMAN
Santiago de Chile



MONTICELLO COLLEGE EDITION • VOL. I

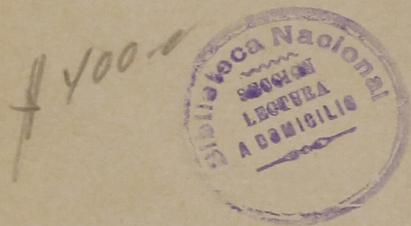
BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

417 (547) (13)

Nicomedes Guzmán

SANTIAGO de CHILE

UNA MONEDA AL RIO
y
otros cuentos



MONTICELLO COLLEGE EDITION

6402

Obras del Autor

LA CENIZA Y EL SUEÑO

Poemas, Santiago, Chile, 1938, agotado

LOS HOMBRES OSCUROS

Novela, Santiago, Chile, 1939, cuatro ediciones,
agotado

NUEVOS CUENTISTAS CHILENOS

Antología, Santiago, Chile, 1941, agotado

LA SANGRE Y LA ESPERANZA

Novela, Santiago, Chile, 1943 (Premio Municipal),
tres ediciones; Buenos Aires, una edición

DONDE NACE EL ALBA

Novelas breves, Santiago, Chile, 1944, agotado

LA CARNE ILUMINADA

Pequeñas narraciones, Santiago, Chile, 1945, agotado

LA LUZ VIENE DEL MAR

Novela, Santiago, Chile, 1951

Próximamente:

EL PAN BAJO LA BOTA

Cuentos

POR ESTA LUZ QUE ME ALUMBRA

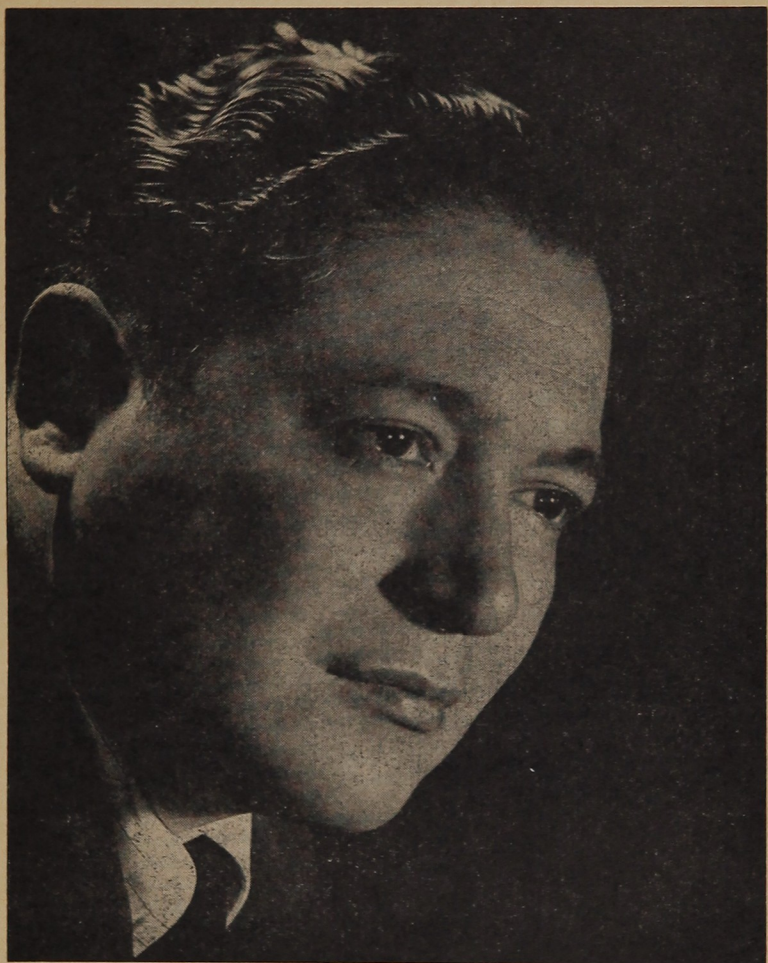
Novela

ANTOLOGIA DE BALDOMERO LILLO

Selección

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL



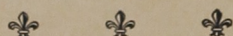
—FOTO DE DOMINGO ULLOA

Nicomedes Guzmán

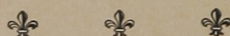


INDICE

NOTAS DEL AUTOR AL LECTOR	5
UNA MONEDA AL RIO	11
AUN QUEDAN MADRESELVAS	25
EL PAN BAJO LA BOTA	41
LA TERNURA	49
RAPSODIA EN LUZ MAYOR	61
EXTRAMUROS	81
DESTELLO EN LA BRUMA	91
LA JAURIA	101

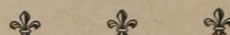


*Dibujos de la Portada e Interiores Realizados
por el Artista Chileno Osvaldo Loyola*



COPYRIGHT, 1954, BY PAUL J. COOKE

PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA



Notas del Autor al Lector

Mi editor quiere que escriba algo sobre mí mismo, a propósito de esta edición de algunas de mis narraciones.

Nací el 25 de junio de 1914 en un barrio llamado del Club Hípico, en Santiago de Nueva Extremadura, al sur de la ciudad. Mas, mis primeros años me enseñaron el sabor de la libertad en un lugar muy distinto, el que yo llamo Barrio Mapocho, inmediato al escuálido río del mismo nombre, refugio de vagabundos, trabajadores del ripio y recolectores de desperdicios posibles de industrializar. Un barrio trágico, pero de una arisca y avasallante belleza que intenté desentrañar ambientalmente en mis novelas *"Los Hombres Oscuros"* y *"La Sangre y la Esperanza"*:

"Durante el día, el suburbio aceza lo mismo que un bruto agotado, asaeteado por el cansancio de las siestas interminables. Sólo en las tardes, a la hora en que el sol exhibe por los cerros del poniente la gimnasia estupenda de sus colores, el suburbio da tregua a su acezar y se baña en la frescura que, como mensajera de las montañas distantes, viene a anidarse por acá, junto con la bajada de las primeras sombras.

"Luego, se diría que las estrellas terminaron de ventear los malos humores que el sol tórrido del día acumula en el ambiente, al contacto con la tierra áspera de las calles y las pozas de lavaza y aguas pútridas que cubren los patios de los conventillos.

"Así, el suburbio da la impresión de liberarse, de abrir los brazos y fortalecerse, cuando la noche baja. Además, de tarde en tarde, suele pasar la regadora municipal, refrescando las calles con su claro abanico de agua. La tierra sedienta, ya satisfecha, pone entonces de manifiesto su solidaridad para con los hombres, regalándolos con un grato aroma de potreros recién regados." (Los Hombres Oscuros)

"Bajo, de una estatura que traicionaban apenas unos cuantos edificios de dos pisos, arrugado, polvoriento, el barrio era como un perro viejo abandonado por el amo. Si las lluvias y las nieves de aquellos años tuvieron para él azotes de incle-

mencia, el buen sol supo resarcirlo en su desamparo con las profundas caricias de sus manos afectuosamente calientes. Y hasta buscó, a la llegada de los crepúsculos, en los ojos turnios y legañosos de sus ventanas, el reflejo de sus largas barbas, antes de despedirse del mundo y de los hombres.

“Era la vida. Era su rudeza. Y eran sus compensaciones.”
(La Sangre y la Esperanza)

“Los días caían perezosos, con lágrimas de neblinas y de lluvias. El otoño se alzaba aún a la vera de la vida con el fatalismo doloroso de todos los abandonados. Y era como si en la voz de las campanas, precisas para decir su palabra matutina, desperdigara, a veces, el otoño, sus desamparados pasos de ciego sin lazarillo.

“Ahora atardecía. El barrio pobre era como una flor caída en pétalos de bruma. Cuchillos de cobre atravesaban el aire, hiriendo los tejados. Las paredes desconchadas y los vidrios de las ventanas sangraban al contacto de sus certeros filos.”
(La Sangre y la Esperanza)

“La cesantía en la zona del salitre era pavorosa. La capital parecía estremecerse bajo el paso de la humanidad mísera y hambrienta que los trenes arrojaban sobre su cuerpo duro y frío. Los harapos hacían muecas en las calles, muecas con sebo y piojos, con llantos de niños y tetas exangües de hembras aniquiladas. Los suburbios, bajo el otoño, frente a la mirada turbia del tiempo, arrugaban el ceño, esturaban su osamenta crujiente, abierto el pecho franco a las cabezadas locas de los días. Al rescoldo rebelde de su corazón, los albergues mostraban su cuerpo horrible de falso hogar.”

(La Sangre y la Esperanza)

Y basta para adquirir una impresión realista del medio en que viví mis primeros años. Mis padres eran obreros: él, Nicomedes, maquinista tranviario; ella, Rosa, dedicábase a las labores de la casa, y esto era ya mucho, pues, la familia era numerosa. Ellos, mis padres, aun viven. Y yo les he entendido profundamente en el silencio desgarrado de su angustia, cuando, a lo largo de tiempo, han regresado a su porción de tierra, éste, este otro o aquél de los hijos.

En el curso de mis páginas he tratado de esbozar, en muchas ocasiones, los perfiles materiales y la virtud de alma de mis padres. Así, algunos de mis personajes, especialmente en *"La Sangre y la Esperanza"*, han pasado a apropiarse, creo que en forma feliz, la sobresaliente poesía de sus espléndidos caracteres.

Trabajé desde pequeño. Y me alegro de ello. La vida en el trabajo precoz comúnmente para hombres mayores, me fué una escuela dura, pero maravillosa. Los urgentes menesteres hogareños obligáronme a enfrentarme a la visión de un mundo en mucho espantable, desconcertante y, sin embargo, ejemplarizador. Fuí acarreador de cajas en una fábrica de artículos de cartón, ayudante de chofer, mandadero, ayudante de tipógrafo y encuadernador y otros menesteres, hasta que pasé a ocupar el más humilde puesto en una modesta oficina de corretaje de propiedades. Aquí comienza tal vez mi formación intelectual. Y en este lugar conquisté algunos de mis más caros afectos ajenos al hogar. Entre estos afectos se destacaban dos máquinas de escribir, dos aparatos, el uno viejo como una locomotora derrengada, y el otro más joven, brioso, si así puede decirse; pero, ambos materia siempre dispuesta a mi curiosidad y a mis afanes de echar a perder carillas.

Antes, y sin que yo discerniera acerca de ello, había escrito algunas viñetas literarias que enviaba, muy esperanzado, a una revista infantil. Deben de haber sido terriblemente malas, puesto que no eran publicadas. Mi buena y heroica madre, observándome, me aconsejaba tierna y piadosamente:

—Déjate de cosas, mi hijo. Si no te toman en cuenta. Eso de escribir es cosa para gente adinerada.

Por esta época ya no enceraba el piso de la oficina ni salía a pegar carteles de alquiler a las calles. El negocio había prosperado. Y era el flamante secretario de la brillante empresa comercial. Asuntos bursátiles, loteo de sitios, compra-venta de propiedades, parcelaciones rurales, cobranzas de arriendos, correspondencias varias, depósitos en el banco,

no eran obstáculos para que mis aficiones literarias y deportivas se sintieran en plena libertad.

Lo mismo madrugaba para ir a dar unas cuantas vueltas a la pista atlética de la Quinta Normal de Agricultura, como para ir hasta el Mercado "La Vega", junto al río Mapocho, a observar el trabajo de los cargadores, el remate de verduras, la llegada y la salida de las carretas en medio de la bruma matinal. En estas incursiones me acompañaba un hermano menor, Hernán, hoy trágica y lamentablemente fallecido.

Publiqué mi primer libro en 1938. Eran nueve poemas que se editaron bajo el título de "*La Ceniza y el Sueño*." Una modesta edición. Ella me creó la oportunidad de conocer a nuestro formidable poeta, Pablo Neruda. Desde entonces, somos amigos. Juntos anduvimos alguna vez por el norte de Chile, conociendo y valorizando la grandeza de aquella tierra terca y estupenda y la anchura de alma de sus hombres.

A fin de cuentas, no era el verso lo más valedero para mí. En un país de grandes poetas como Chile —Neruda, Cruzcaga Santa María, Huidobro, la Mistral, de Rokha, Juvencio Valle, Jacobo Danke y tantos otros, mis afanes líricos no iban a prosperar.

Y seguí trabajando. Mi primera novela, *Los Hombres Oscuros*, 1939, se escribió con sacrificio y se editó con un sacrificio mayor aun. Don Alberto Lagos, propietario de una pequeña imprenta cercana a mi barrio, hizo componer la obra a "tipo parado" y la imprimió personalmente en una prensita a pedal. Las tapas —lo recuerdo bien, porque el canto de los gallos nos sorprendió dándole término— se hicieron a la luz de una vela, puesto que a mi editor le habían suspendido el suministro de energía eléctrica, compréndase bien por qué.

Sin embargo, he aquí que la publicación de "*Los Hombres Oscuros*" fué en mucho la razón por la cual hube de abandonar la oficina de corretaje de propiedades en que había laborado durante nueve años. Con la ayuda de un pariente cercano, obtuve un trabajo de ayudante de carpintero

en un edificio en construcción. De esta labor, pasé a ser "alastador", o sea, el hombre que controla la entrada y salida de los obreros, la entrada y salida de materiales, la confección de planillas de pago y asuntos similares.

Publiqué "*Nuevos Cuentistas Chilenos*", una obra antológica en que consideré a una serie de valores de la narrativa nacional, en 1941.

Mi novela "*La Sangre y la Esperanza*" (Premio Municipal de Santiago, 1943) es la obra personal que ha destacado más ostensiblemente en los medios literarios de Chile. Alrededor de sus varias ediciones, —incluída una en Buenos Aires, República Argentina, —se han suscitado opiniones variadas, favorables o desfavorables.

A "*La Sangre y la Esperanza*" siguió "*Donde Nace el Alba*", conjunto de novelas breves, que la crítica incidió en parangonar con mi libro anterior, en desmedro, desde luego, del contenido humano de aquél, puesto que, por su natural técnica, lejos estaba de resistir comentarios en un plano de competencia. A mi entender cada libro de un autor tiene vida externa e interna propia y la crítica debe enfrentarlo en su existencia particular, sin recurrir al antiguo procedimiento comparativo en cuanto a otros, de la producción de un creador.

Posteriormente se me editaron las obras: *La Carne Iluminada*, novelas cortas, 1945, y *La Luz Viene del Mar*, novela, 1941, en que intento una interpretación de la vida del norte grande (o bien, la zona del salitre) de Chile. Pronto se me publicará un volumen de cuentos: *El Pan Bajo la Bota*, del cual figuran en el presente volumen tres trabajos. Me encuentro terminando una nueva novela: *Por Esta Luz Que Me Alumbra*, segundo volumen del ciclo que comencé con *La Sangre y la Esperanza*, y que llevará el título genérico de: *Tiempo Ganado*.

Creo que la literatura tiene una responsabilidad vital: crear el clima propicio a la paz, al mejor entendimiento entre

los hombres, esto a trueque de describir sus luchas, decir sus verdades, incidiendo, incluso en lo que hay en los seres de corrosivo, enfrentando los aspectos de negación humana, con las virtudes, particularmente la ternura que, a mi entender, es el don más varonil del hombre, el basamento de todos los actos de la existencia. La ternura es el origen de los mejores méritos humanos. El trabajo mismo, sin ternura que derive hacia la pasión, no tendría razón de ser, como el amor, como el ansia de superación.

He viajado por todo Chile; además a Buenos Aires y a Montevideo, con fines culturales. He dictado conferencias sobre literatura nacional y aspectos humanos y pintorescos de nuestra tierra en las más importantes ciudades del país, con el patrocinio especial del Ministerio de Educación Pública, de la Universidad de Chile y la Universidad de Concepción. Desde hace cinco años trabajo en el Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación Pública.

En el aspecto material, podría asegurar que soy un hombre que no ha obtenido de la sociedad otra cosa que lo exclusivamente necesario para vivir en constante vigilia —no quiero decir zozobra. El mío es el caso, incluso, de la mayoría de los escritores de mi patria: trabajar en lo que se puede durante el día y dedicarle a la tarea de creación aquellos instantes que se le deben a la familia, a la lectura, al estudio, al propio descanso. No se entienda esto por queja. De ningún modo.

Existo luchando. Y, si hubiera de lamentarme, no sería por mí, sino por los demás, por mi pueblo —sintetizando—, que se merece un destino que tendrá que lograr algún día.

Para terminar, quede establecido aquí mi agradecimiento para mi editor señor Paul J. Cooke y para los que acepten las narraciones que siguen como la verdad desollada de ciertas vidas que discurren en el existir chileno.

NICOMEDES GUZMAN

Santiago, Chile, Diciembre 7 de 1954

Una Moneda al Río

Hacia donde se mire—todos lo sabemos—siempre hay algo que atraviesa tormentosamente el aire. El aire es como la vida misma: existe en la razón conmovida de sus más profundos átomos. En algún instante cualquiera del otoño, hay una hoja seca que cae. Haya sol o neblina, haya garúa o lluvia, un leve impulso de viento, un suspiro de la brisa, un sollozo del tiempo fugitivo, son de tal consecuencia que no falta el árbol añoso que abandone al acaso un poco de su alma en la ajada lámina de alguna de sus hojas predilectas. Y allí estará ella—la hoja—dulce y solitaria, ejecutando en la angustia del adiós, la vieja, repetida pero siempre grácil y tierna parábola, que es útil enseñanza, que es tenue sublimación de la muerte insubsanable.

SEBASTIAN no pensaba en nada. Era un hombre de alma reposada, tímida tal vez en su enérgico reposo. Pero, aquella hoja que le pasó rozando la sien y que, semejante a una lenta ilusión, buscó la superficie de las aguas para encauzarse en las nuevas fórmulas de su destino, le conmovió duramente en su raudo paso. La siguió con la vista, en el curso de los ondulantes accidentes que sorportara, hasta que la distancia—no mucha— la hizo inalcanzable a su visión. Y sonrió. Sonrió sin motivo posible de explicar. La sonrisa le llegó al rostro, desde muy adentro, desde el propio reposo a cuyo fondo no faltaba el cieno pegajoso y elástico de la amargura.

Alzó los codos de la baranda de concreto sin estuco en que se afirmaba; y recién sintió como si los brazos se le estuvieran durmiendo.

—¡Bah . . . ! —se dijo encogiéndose de hombros.

Y echó a andar.

No era aquélla una mañana esplendorosa. Se estremecía la piel del sol como la de un caballo que quisiera sacudirse los restos de agua de un reciente baño. Y es que temprano, a la hora del desayuno de los obreros, había garuado con suma insistencia, y orvallos invisibles rielaban todavía, con húmedos aleteos, por el aire.

Es fácil para los tímidos, los arribistas y los hombres solitarios decir: *Bah* . . . Es la interjección con que la vida les permite respirar mejor. Sebastián sintió las influencias húmedas del ambiente echárseles bronquios adentro. Y caminó con fuerza, con vigor de atleta, con satisfacción de perro que recién ha masticado golosamente un hueso. Seguía las rutas mismas de las aguas del río, y, a pesar de su firmeza, podía ser ahora en realidad otra hoja a la deriva, buscando algo indescifrable, sin sentido.

Mas no.

La búsqueda de Sebastián era bien definida. Llegado la noche anterior a la gran ciudad, después de una larga y tortuosa ausencia asistida por las lluvias y los vientos del sur necesitaba él de un asidero para sus ansias.

La casa que se deja no es la misma cuando se regresa a ella. Un cuadro menos, una simple decoración resquebrajada, una silla que ahora tiene un parche que antes no tuvo, un espejo al cual el tiempo garrapateó el azogue, una llave de agua que en las noches no gotea tan melodiosamente como antaño, una voz que perdió sus modulaciones de ternura, he aquí algunos de los detalles precarios que abren las brechas de la desolación en el alma de los huídos regresados. Dan ganas de reír y de llorar.

Entonces, se dice: "Bah", séase tímido, arribista o solitario.

Las grandes ciudades o los pequeños villorrios son como las casas. Después de las fugas, el regreso tiene que ser muy cauteloso. Con todo el choque es inevitable. Peligran, antes de reasimilarse al ambiente, todos los reposos del alma, todas las esperanzas; la amargura remueve sus cienos, eriza los sentidos, brega por tónicos externos que la fortalezcan.

El instinto de Sebastián le hacía intuir, olisquear todo esto y él buscaba defensa. Y allí estaban los pasos del hombre, bien plantados y elásticos, jocundos y virtuosos, acusadores de una salud más jocunda y virtuosa aún. No eran pasos de vagabundo que éstos arrastran el cansancio seco y el polvo pesado de los viejos caminos. Eran pasos de buen sedentario atraído, de súbito, por el hechizo de los horizontes.

Y he aquí la gran ciudad, vale decir vieja pero siempre renovada casa. Con objetos derrengados o de menos, pero con inmensas e insospechadas sorpresas, tal como la hoja que antes nunca se vió caer.

Sebastián se adentró, insensiblemente, golpeando la mañana con su presencia, en el corazón bullanguero de la ciudad. El alma colectiva bajo el sol estremecido, lo saturó de humanidad disímil, acaso angustiosa y turbia, pero alegre y gozosa en su euforia cotidiana, tras la compra simplísima o el mínimo negocio matutino. Caminó así en medio de remansos y de charcas formados por hombres, niños y mujeres, estridencia de motores, traqueteos de vehículos, gritos de vendedores, pregones de vida. Y todo esto le fué como el asidero existencial que él precisaba.

Compró un racimo de uvas al atravesar un puente, y se dió a morderlo con cierta avidez, con delectación, mientras seguía caminando. Sus dientes atrapaban los granos jugosos, en tumulto, con fruición jocunda. Lo abordó un mendigo y él no

tuvo otra ocurrencia como no fuera aquélla de dispensarle el resto del racimo.

Después de abandonar la acera del puente, se acercó a un baratillo, y, mediante unas monedas, se hizo dueño de un libro de segunda mano, es claro, o quizás de tercera, o cuarta, que ya no poseía tapas ni portadillas. Cosa esta muy propia de un hombre que se siente alegre y fuerte en una mañana de otoño.

En otro lugar, en uno de aquellos sórdidos reductos donde los *compraventeros* exhiben su universo de mercancías logradas a trueque de llenar el hambre de los más trágicos y extraños necesitados, se dió el lujo de adquirir un cortaplumas falto de una de las enchapaduras de conchaperla.

Luego de muchas vueltas y revueltas, de idas y venidas Sebastián se dispuso a tentar el fin de sus mejores intenciones. Había visto varios anuncios:

La medida al pelo.

La confección mágica.

La ocasión del pobre.

La tijera encantada.

Todos eran la consecuencia, un poco grotesca, del choque violento del hombre con la vida.

Se decidió por la tienda que ostentaba el último letrero, por ser más subjetivo, quizá . . . Entró frotándose las manos, aunque ni hacía ni sentía frío. Negros escrúpulos le comenzaban a asediar. Le golpeó el alma un olor a sebo, a bajo comercio, a galletas o a sudores corroídos por un tiempo largo y maligno.

—¿Señor? . . . ¿En qué le puedo servir, señor?

Ahora sintió asco, y este asco era despertado por aquella voz viscosa, extendida, obscuramente persuasiva. La cabellera cenicienta del vendedor era como un ala de lechuza pegada a la cabeza. Los lentes, equilibrándose en la punta de la nariz merced a los trozos mugrientos de cáñamo que los sujetaban

a las orejas, hacían más vivaces los ojillos de simio que amparaban.

—Este . . .

—Diga, no más, señor. Acaso desee un traje . . . —ofreció el vejete con obsequiosidad de metálica hondura.

—Precisamente . . . —respondió él, como un terrible menesteroso—. Precisamente, un traje . . .

—¡Oh! . . . ¡Pero sí, oh, pero sí tengo un traje a su medida!

Le miró continuadas veces el vendedor, acomodándose sin motivo los anteojos sobre la nariz, midiéndole con el metro turbio y miope de las pupilas. Corrió con dificultad, arrastrando las babuchas, hacia el interior; se volvió, repitió las miradas una y otra vez. Cogió seguidamente una vara provista de un gancho, en el extremo, y descolgó prontamente, con satisfecha sabiduría, con deleite, un terno de una de las altas perchas.

—¡Señor! . . . ¡Señor, véalo! . . . —dijo a Sebastián; escobillando ligeramente el traje, acariciándolo casi como los avaros entregan su enfermiza ternura a las monedas de las que necesariamente se deshacen. ¡Véalo, señor, está casi nuevo; mire los pantalones, las forros, las mangas del paletó! . . . ¡Vaya, vaya, mi señor; sí parece que no lo usaron! . . . ¡Quién lo creyera! . . .

—¡Este! . . .

—Pero vea, mi señor . . . ¡El casimir es rico, legítimo! . . . Ni una mancha . . . Preciosa la tela, ¿no? . . . Flamante . . . Vea las bastillas . . . ¡Si no lo han usado, este traje, señor! . . . ¡Caramba, que gente botarate la que se desprende de estas lindezas!

Sebastián sentía algo así como un olor a difunto, olor a aposento con flores secas, con ramas de pinos desprendiéndose de sus más espesas resinas, con pétalos pisoteados, con lágrimas aplastadas contra pisos desprovistos de cera a fuerza de violentas pisadas. Olor a risa traspasada de llanto, a palabras

hedientes a sacristía, a plegaria mentida que no quiere ir a herir los tímpanos de Dios. Sebastián estaba desconcertado. Tras las barbas un poco crecidas, su rostro enrojecía y palidecía a un mismo tiempo.

Intentó decir, en un ímpetu de ruego y de cólera: "No." Pero, ya tenía entre las manos el pantalón que le alargaba el viejo, y el paletó, y el chaleco. ¡Caramba! Era el más perfecto de los líos el haberse metido en "*La Tijera Encantada*". Era un encanto de lío. "*Situación de mil demonios.*" Y exactamente, los demonios de la pobreza danzaban a su alrededor la más dulce de sus danzas.

—¡Pruébeselo, señor! . . . ¡Pruébeselo! . . . Es una ganga, una oportunidad que no se repite dos veces . . . ¡A ver, veamos el paletó.

El hombrecillo era el más perfecto de los comerciantes. Lo tomó de un brazo casi tiernamente, como haría una madre con su hijo mayor. Lo encaminó a la trastienda. Encendió la luz. Lo detuvo delante de un espejo antiquísimo, grande, de marco dorado, macizo, con ornamentaciones roídas cruelmente por los años, de luna que en vano quería ocultar el alma arrugada de viejas y atormentadas imágenes.

—¡A ver!—canturreó el vejete—. ¡A ver, a ver! . . .

Aquel espejo, entretanto, recordaba a Sebastián alguna velada pasada en casa de unas amigas alegres. "Vino, ponche, galletas añejas. Rostros pintarrajeados de payasos, después de la función circense. Medias arrolladas a media pantorrilla."

—¡Señor! —rogó.

El ruego le nació tal si fuese al mismo Dios a quien rogase. Se disculpaba ante sí mismo, además, de estar allí, entregado a las manos de un comerciante ridículo, tembloroso, espantado. El vejete ya lo había despojado de su deshilachado paletó.

—¡A ver, a ver!—seguía cantando anhelante—. Estire los brazos, así, así . . . ¿Ve usted? ¡Cómo se pide!

Pero no. El endiablado paletó parecía haber pertenecido a un fenómeno: el cuerpo de Sebastián nadaba dentro de él, las mangas le llegaban poco más abajo de los codos.

—¡Caramba, caramba! —se dolió el vendedor . . . ¡Qué broma! ¡Fallamos, fallamos! . . .

Se apartó de la trastienda precipitadamente, nervioso, azorado. Volvió con un traje oscuro, estriado de franquillas blancas y cuyo paletó lucía grandes medallones de aceite seco en las solapas.

—¡Veamos éste, señor! Este sí . . . ¡A ver! La calidad es la misma . . . ¡Una limpiada y bastará! . . . Veamos, veamos . . .

“¡Qué broma! ¡Hasta cuando!”, mascullaba en el pensamiento Sebastián.

Los cálculos del anciano no se conciliaban, sin embargo, con la contextura del cliente. Entonces, salió nuevamente. Regresó esta vez con dos trajes. Pero era inútil. Ambos hombres se impacientaban. El uno por terminar el espectáculo grotesco. El otro por no disponer de la prenda necesaria.

—¡Paciencia, paciencia, señor! Los hombres debemos tener paciencia. —insistía el vejete filosóficamente. —¡Ya encontraremos uno! ¡Tengo cientos! . . . ¡Estoy para atenderlo, señor!—seguía, exclamando con vehemencia.

Sometió a Sebastián a nuevas pruebas. El tiempo se crispaba en las venas del hombre. Los minutos ejecutaban en su corazón innúmeros saltos de demonios recién paridos por el fuego.

—¡Será para otra ocasión! —gritó, de súbito, Sebastián, deseando monstruosamente y de una vez por todas desasirse de las garras metalizadas del vejete.

Mas éste no cejaba y estaba definitivamente dispuesto a no perder su cliente. Era como si fuese la única oportunidad que se le presentaba en la vida para negociar un traje.

—¡Pero señor, si tengo muchas! ¡Ya habrá alguno que le calce! ¿No le digo que tengo cientos? . . . ¡Paciencia! ¡La pa-

ciencia es un don divino! —filosofaba— ¡Ya habrá alguno que le calce! . . . ¡A ver, a ver, probemos éste.

—¡Será para otra vez, señor! —rogaba, ahora, Sebastián, viendo, no sabía por cuantas veces, su grotesca figura reflejaba en el maldito espejo. Recordaba su persona, abrazada en baile al cuerpo de una hembra abundosa, pintarrajeada, nefasta y cínica, con alma de serpiente. —¡Para otra vez será! . . . ¿Quiere? —continuaba suplicando como un niño dolido por la presencia de un fantasma.

El viejo transpiraba copiosamente. Ansiaba poseer el traje preciso, como quien aspira a conquistar la luz más clara del mundo. Comprendía que no era humano abusar de la buena voluntad de su cliente. Mas no se resignaba a perderlo. Era una lucha sorda, dolorosa, de transpirar lento y heroico. Su desesperación podía ser la misma de una moneda que están convirtiendo en medalla religiosa. Iba y venía, buscando, probando; rebuscando vehementemente en los preámbulos de un triunfo que no quería llegar.

—¡Mire éste! Pero, vaya, no recordaba que lo tenía! ¡Pruébelo! ¡Qué telal! ¡Qué dibujo!

Tampoco acertaba. El vejete se mordía. Después del último intento, recrudeció el sudor en la frente arrugada del hombrecillo. Se le hinchaban las aletas de la nariz. Bufaba lo mismo que un buey. Decididamente, había de perder a este comprador.

—¡Lo lamento, señor!— se dispuso a decir, al fin, desolado.

Sebastián temblaba. El comerciante tenía enormes ganas de llorar. Se sorbía la nariz, como alguien que tiene mucha pena. ¡Caramba!

Sebastián se endosó su vieja, deshilachada, pero noble chaqueta. También, no sabía por qué, sentía que las lágrimas le saltaban a los ojos.

Al alcanzar la acera, vio que entraba al negocio una mujer. El no atendió a su figura. Su azoramiento era espantoso.

Daban vueltas en su cabeza diversas imágenes, grotescas, gesticulantes, risibles, despertando piedad, piedad, sin embargo, envuelta en multitud de chaquetas, negras, plumizas, listadas, cafés, ineludiblemente traídas a menos, merced a las condecoraciones del aceite.

De súbito, mientras sentía que subía y bajaba por la acera, Sebastián recordó su libro. Volvió sus pasos. Tembló una vez más ante el anuncio maldito:

"La Tijera Encantada."

El vejete ya le estaba llamando:

—¡Psch! . . . ¡Psch, señor, caballero! . . .

No lo hacía para devolverle el libro, por cierto. Estaba radiante. Estrujaba entre sus manos una flamante chaqueta. Había en sus ojos, tras los lentes, un brillo de milagro.

—¡Este sí, éste sí! —le gritó. ¡Me acaba de llegar el traje que usted necesita! ¡Es cosa admirable! . . . ¡Admirable!—siguió diciendo, con ímpetus triunfales.

—¡Mi libro, señor! ¡Pero si sólo vuelvo por mi libro! . . . ¡Es mi libro lo que yo quiero, señor! . . .

—¡Qué libro, ni cosa que se le parezca, señor! . . . ¡Bendita su vuelta! . . . ¡Aquí está su traje! . . . ¡Probémoslo! —dijo, chilló, cantó con un júbilo espumoso, vibrante, desorbitado.

No había más remedio. Era necesario corresponder, una vez más, al apasionamiento comercial del vejete. Sebastián entró, desganado, sin alma, guiado por los dedos ferrosos del ropavejero que se hundían en uno de sus brazos.

La mujer recién entrada, una mano sobre el mostrador, observaba con ojos humildes, anonadada quizá. Sebastián la miró de frente, hundiendo sus pupilas en las tan humildes de ella. La mujer tenía una condición simplísima, primitiva y terna de perra. Su bella cabellera, concentrada en un moño grandote apegado a la nuca daba apostura a su cabeza semirreclinada. Se imponía en su actitud, la nobleza que en sí poseen la humildad y la ternura. Ella era una aristócrata del subsuelo

humano, una poseedora de la aristocracia más valedera.

Sebastián pasó a la trastienda, asediado por el perro de presa que era ahora el vejete. Y de nuevo, ante el terrible y tenebroso espejo, Sebastián asistió al milagro que, sobre su cuerpo, hacía el paletó que el anciano le acababa de ofrecer.

—¡Caramba! ¿No le decía yo, señor? —dijo el vendedor golpeándose las sienes—. ¿No le decía yo, señor? . . . ¡Si era éste! ¡Como caído del cielo! ¡Ya ve, ya ve . . . probemos los pantalones! . . . ¡Aquí los tiene . . . son suyos . . . qué bello traje! Pruebe también el chaleco . . . Lo dejo solo.

“Lo dejo solo.” ¡Qué golpe de palabras! Demonio de espejo. Ahora Sebastián se reconciliaba con su miseria. Se sacó los pantalones, con tino, temeroso de romperlos, o de que el anciano le sorprendiera en sus miserias más íntimas. Temblando se abrochaba la bragueta del pantalón postulante a su pertenencia, cuando se reintegró a la estrecha trastienda el vejete.

—¡No ve, no ve! . . . Acaso un poquito largos —le dijo encucillándose y tirando la prenda de las bastillas.

El espíritu de Sebastián recobraba ahora su alegre reposo. Era cosa de magia. No lo hubiera creído. Estaba un poco emocionado. El espejo le devolvía una figura que parecía no ser la suya. ¡Cómo cambia el hombre a veces!

El viejo le miraba, entusiasta y jocundo como un infante. Había hasta ternura en el brillo de sus ojos. Manoseaba sus lentes con insistencia, como queriendo comprobar y recomprobar el milagro. Podía ser en este instante algo así como el padre de Sebastián, alucinado ante la presencia del vástago que se puso recién pantalón largo.

—¡Pero, y esos zapatos! . . . —chilló subitamente. ¡Esos zapatos! . . . ¡Se ven horribles, no se avienen con traje tan bonito! . . .

Y era verdad. Había tristeza y angustia en esos zapatos descosidos, ajados, saturados de reseca tierra sureña. Antes de que Sebastián reflexionara sobre su reemplazo, el vejete, desbordante de entusiasmo, estuvo junto a él, instándole a cambiarlos por unos que portaba en las manos.

La actitud del comerciante era de honda imposición, por su alborozo. Sebastián no meditó. Estaba dispuesto a someterse. Echó sus asentaderas sobre un taburete. Se despojó, desconcertado otra vez, de sus viejos zapatos, y calzó los que el viejo le ofrecía.

Estaban bastante usados, rotas, quemadas, negras las badanas de los forros, pero el lustre y el ostensible arreglo que habían soportado externamente, los hacían codiciables. No le ajustaron muy bien. Acaso estaban un poquitillo largos. Mas no era cosa de regodearse. Sebastián sentía cierta desazón. Se mostraba tranquilo, no obstante.

—Su otro traje puede quedar en parte de pago . . . —le propuso el vejete volviendo a la realidad sórdida de sus monedas.

Sebastián lo observó sorprendido. El viejo no era de aquellos seres que descuidan su negocio. Era inconcebible que alguien se interesara por aquel pingajo de ropa. Pero, por algo el viejo le formulaba la proposición.

—Queda lo más grave . . . —dijo humildemente Sebastián. El viejo comprendió, y:

—Será poca cosa . . . —dijo, persuasivo.

—¿Cuánto?—indagó Sebastián, angustiado, ansioso.

—Trescientos pesos todo . . . —habló el comerciante, fijos los ojos en su cliente—. ¡Todo, traje y zapatos!

Sebastián se recluyó a los remansos, ahora turbios, de su alma. Se mordió.

—Es mucho para mí—dijo al fin, hurgando en el interior de la chaqueta abandonada.

—¿Cómo mucho, señor? —chilló el anciano, gesticulando, molesto acaso, después de tanta alegría— ¿Cómo mucho? . . . ¡Caramba! . . .

—¡Sí mucho!—dijo Sebastián con expresión seca, un poco dura—. ¡Que quede por doscientos cincuenta el traje solol . . .

Hubo muchos segundos de silencio. En el sentimiento del viejo algo se encontraba en pugna. Se acomodó los anteojos.

—Un momento . . . ¡Espere! . . . —exclamó—. ¡Espere, por favor! . . . Salió.

Pasó algún tiempo que Sebastián sintió como un derumbe sobre las espesas aguas de su alma. Perdió decididamente la serenidad. No todo en la vida es como la hoja seca que cae, como la garúa que se desparrama gozosa, sin suponer a quien daña. Se sentía niño. Los ojos se le humedecían. El desencanto lo devoraba. Se alzó. Abandonó la trastienda. El viejo finiquitaba el negocio con la mujer. Ella amarraba en su pañuelo algunos arrugados billetes.

—¡Está bien, señor—prorrumpió el vejete—Le dejo el traje sin los zapatos . . . Pero me deja su otra ropa—agregó con voz turbia, de piedra sin decantar y en la que la tacañería erguía agudas aristas.

Sebastián no quiso discutir. Se sentía cansado después de tan agitada experiencia. Luchaba por calmarse. Volvió al interior. Terminó de arreglarse los pantalones. Se despojó del paletó a fin de endosarse el chaleco. Volvió a ajustarse aquél sobre el cuerpo, con lentitud acongojada. Descalzóse para calzarse luego sus tristes y propios zapatos. Hurgó, por última vez, los bolsillos de las ropas que dejaba. Guardó algunas monedas unidas a diversos papeles gastados. Y le alargó al viejo los billetes necesarios.

Cogiendo, de pasada, el libro, salió como dejando un poco de su vida en aquel recinto olor a muerte, saturado de naftalina.

—Hasta luego . . .

El viejo parecía sufrir, pero se mostraba inmovible.

—Hasta luego . . . Buena suerte . . . —le dijo ingratamente—. Gracias.

Y salió a dejarlo a la puerta.

La mujer estaba al lado afuera. Sus pupilas tenían humedad de amistad, de comprensión, de extraño afecto.

—Le sienta hartó el traje . . . —le habló con piedad y ternura.

El no dijo nada. Cavilaba, sufría. Se sentía humillado, terriblemente herido en esa zona humana en que el orgullo forja sus hierros.

—Me recuerda a mi viejo . . . —continuó la mujer.

Había en ella un deseo profundo de hacer amistad con

el hombre, de agradarlo, de limpiarle la vida de esa congoja padecida y que ella adivinaba con sutileza maternal.

Sebastián recién la miró. No era bonita. Tenía el rostro de sufrimiento, avejentado. Sebastián caía recién en la cuenta de que se había adueñado del traje del que ella llamaba "mi viejo." Le asaltó un temor repentino. No era supersticioso, pero se sintió de súbito cadáver.

Hubiera vuelto a tirarle el traje por las barbas al vejete comerciante y asqueroso.

Se ajustó el pantalón que se le caía un poco. Y miró nuevamente a la mujer. Pensó despedirse de ella. Sobre su pensamiento mismo se arrepintió. Algo comenzaba a unirlos. Ella era una mujer hondamente triste y, sin embargo, de una bondad que se revelaba a flor húmeda de pupilas. Sus labios delgaduchos y pálidos eran una nota como de melancolía en su rostro; mas tal nota la agradaba dulcemente.

Sorteando los grupos de vendedores de frutas, llegaron al puente. En mitad de éste, la mujer sacó del bolsillo del delantal una moneda y la arrojó al río en plena precaria corriente.

Sebastián la miró sorprendido. Ella sonrió.

—¡Es para la suerte! . . . —habló. Y volvió a sonreír.

Sebastián rió también. Sentía que las aguas de su alma se agitaban una vez más antes de extenderse en cálidos remansos. Le agradaba la presencia de la mujer. Ella le insuflaba una sensación de calma honda y sugestionante.

—¡Le gusta la uva?—le dijo, queriendo expresar de algún modo su contento.

Ella rió mostrando unos dientes parejos y robustos. Nació entonces en su rostro la belleza que escondía dentro de sí.

Sebastián se detuvo a comprar unos racimos. Ella le esperó, inquieta como una mujer a la cual se le dice por primera vez: "¡Te amo!"

El racimo era dorado, bien maduro, ligeramente áspero, lo mismo que la piel de las adolescentes campesinas criadas a pleno sol. La mujer tomó a plenas manos las uvas que le ofreció Sebastián.

—¡Gracias! . . .

Y mientras se echaba unos granos a la boca:

—¿No compró los zapatos al fin?—indagó, temerosa de herir al hombre.

Este enrojeció.

—¡No! . . . ¡No los compré! —exclamó, escupiendo unas pepas y unos hollejos.

—Le ofrezco unos . . . —dijo la mujer, siempre temerosa, sin mirarlo.

Un nuevo bochornoso mundo le volteó en la cabeza al hombre. No respondió. Pensaba en multitud de cosas a la vez.

—¡De veras! . . . —insistió la mujer con voz musical, melodiosa, voz de mujer recién casada, o de madre, o de hermana.

—¡Están flamantes! . . . ¡Acéptelos . . . me hará un favor!

Caminaban por un costado de la estación ferroviaria. Las palomas revoloteaban por sobre los vehículos en movimiento; otras se arrullaban en las cornisas. Un tren se despedía de la capital con ese dolor inhumano del acero que quiere liberación; melodía sin modulaciones, directa, acongojada, que busca eternidad en el alma de los hombres.

La voz de la mujer aún sabía a música en el corazón de Sebastián. Había algo de celeste en su ofrecimiento. Sin mirarla, reconstruía en sus pupilas las líneas de los labios graciosos, en los que algún ángel detuvo sin duda su melancólico vuelo.

Se oyeron mutuamente masticar las uvas unos instantes.

—Entienda . . . —rogó ella, luego—. ¡Acéptelos, hombre! ¡No tiene nada de particular! . . . ¡Entienda, hombre! . . .

—¡Bueno!—dijo él ahora, simplemente, sin sonrojarse ya, tirando al desgaire un trozo de escobajo.

Ambos se hubieran mirado quizá con mucho amor. Pero se abstuvieron lo mismo que dos niños temerosos de sorprenderse los ojos un poco más brillosos que momentos antes. Y sonrieron para sí mismos, tenuemente. El tren, saliendo de la estación, insistió una vez más en su música de despedida. Las palomas se arrullaban en las cornisas.



Aun Quedan Madreselvas

¡ELVIRA!

Sentado al borde del desordenado lecho, las manos rudas, huesosas, sobre las rodillas, el hombre habló apenas, temblequeantes los labios que parecían esmerarse en guardar la orfandad de las encías desdentadas. Tenía los ojos hundidos, brillantes de una expresión tierna, dulce, piadosa; expresión que esos labios no osarían decir.

Pasó un rato. Había en el aposento un olor penetrante a café recién preparado. En el velador brillaba una cuchara, junto a unos granitos de azúcar y unos trozos mordidos de pan tostado.

El otoño húmedo y doloroso tamborileaba contra los vidrios de la ventana de postigos a medio abrir, en los que la noche lloró frías lágrimas de desesperanza.

No vino nadie.

Y aun los ojos del hombre descansaban sobre las piadosas y metálicas muletillas de la ternura.

—¡Elvira! . . . ¡Elvira . . . ven, por favor, Elvira! . . . — repitió, con voz animándose hacia el grito, al mismo tiempo que lo estremecía un escalofrío.

Afuera, en el estrecho corredor de aleros chorreantes, se oyeron lentos pasos. Luego, un tropezón.

—¡Diablo! ¡Qué hombre odioso éste! —barbotó, groseramente, la mujer.

Y entró, en seguida, secándose las amoratadas manos con el pingoso delantal. Se quedó mirando al hombre con pupilas que, por más que querían esconder el odio, eran ásperas como el zócalo de ciertas murallas de arrabal. Y nuevas palabras se le escurrieron del pecho, gruesas, abultadas, burdas, como embutidos caseros:

—¡Nunca te cansas de molestar! . . . ¡Hasta cuándo embromas, Alberto, por Dios!

El, oyéndola, la observó limpiamente, abierto entero el corazón por los ojos de varón honrado.

—¡Elvira! . . . ¡Perdona, m'hija . . . los pantalones! . . . ¡Te lo voy a agradecer: pásame los pantalones! . . . —rogó, serenamente.

Sentía que el pecho le rugía de encono. Pero, la voluntad templada a través de una vida de esfuerzo y, sobre todo, a través de los largos, más bien eternos, meses de enfermedad, no hacía sino abrir cauces para correctas palabras, firmemente asentadas en las plantas de la serenidad.

Ella no dijo nada ya. Acaso hubiera anhelado que una sola palabra de soberbia escapase de entre los labios del esposo para seguir su retahíla de improperios. Mas, el hombre, sentado allí, desnudas las piernas blanquísimas bajo los vellos exuberantes, venosos los empeines de los pies en donde los callos ya habían perdido jerarquía, quizá si gozase de este profundo fruto de serenidad con que se nutría ahora su espíritu, después de tanto duro ejercicio frente al medio erizado e implacable.

No era que se resignase, propiamente. Alberto se sentía el mismo sujeto de otro tiempo, soberbio y orgulloso. Pero, es que el hombre —es decir, el hombre de limpio sentimiento— a fuerza de reverencias y de respetos para con el hogar, que en el fondo es el símbolo de sí mismo, suele llegar a ser el cordero o el niño que no quiere saberse sino arcilla ante la voluntad de la madre.

—¡Qué hombre odioso éste! ¡Cuándo me dejarás tranquila,

Alberto! —masculló todavía la mujer, alargándole los parchados pantalones de mezclilla.

En el aire, y colgando de la diestra de Elvira, la prenda semejaba una seca, gigantesca y deshilachada cáscara de plátano.

El vientecillo mojado del otoño hacía tiritar las hojas de unos eucaliptus allá en la calle y tiritaban, también, los entumecidos gorrones bajo el alero del corredor.

En algún lugar inmediato se oía rumor de serruchos en trabajo y cantos cordiales de martillos que eran como un reto caluroso y apasionado para las secretas imprecaciones del hielo matinal estirando sus manos escuálidas hacia los hogares.

Y Alberto, sin quererlo, sufrió un melancólico golpe en pleno corazón, junto con coger la desmedrada prenda.

Una telaraña de andamios, un rechinar de poleas, luengos ecos de silbidos, el ruido viril del concreto vaciándose en los moldes en que la actividad del hombre adquiere forma de edificio, esto y mucho más, le asaltó la memoria en imagen musical y plástica, abriendo profundas brechas en su sangre, ampulando sus células, tras calientes pulsaciones de vida en trabajo.

—¡Maldición! —aulló su corazón, de cavidades adentro. Y:

—¡Maldición! —repitió el anhelo siempre erguido del hombre que no supo en su existencia sino de un tiempo disputando a su organismo siquiera una ventaja que se debiera al ocio.

Nada musitaron sus labios, sin embargo.

Saberse morder sin que nadie lo advierta es una ciencia que tiene su origen allí donde el individuo aprendió de la lágrima no llorada una lección de luz y de probidad humanas.

Mas, ¡cuánto oleaje rebelde, inmisericorde, quemante, le rodaba por los vastos, inconmensurables océanos del alma!

—¡Elvira! —rogó, al fin, lentamente, con palabras desvalidas, achatadas, sin contener humillación—. ¡Elvira, por todo

lo nuestro, por nuestra hija, paciencia! ¡Paciencia, Elvira, que ya es por tan poco!

Y comenzó a embutir las piernas en los pantalones, torpemente, temblando.

La mujer lo miraba fijamente. Un atisbo de piedad le suavizó, de súbito, las pupilas. Golpeó con un índice sobre la mesa, sin percatarse de ello. Un ímpetu que fué en su alma como una luz imperceptible, la impulsó hacia aquel ser tan amado en otro tiempo, le inspiró un gesto de hermandad, de compañerismo que estuvo a punto de materializarse en una ayuda de momento que le evitase el espectáculo de casi total incapacidad a que asistía. Pero, se resistió. No, no podía ser. No podía ser.

Y ella, sí, se mordió, sin esconder la mordedura que se infligía.

—¡Paciencia, paciencia! —exclamó, moviendo la cabeza orgullosa—. ¡Hasta cuándo paciencia, Alberto! . . . ¡Hasta cuándo deberé servirte, inútil! . . . ¡Cómo se nota que no estás en mi pellejo! . . .

Y volvió a morderse.

El esposo se mojó los labios reseco, blanquinosos. Hizo un esfuerzo, medio quejándose. Suspiró, luego.

—Te lo ruego, mujer, y no sabes entenderme . . . —habló ahora, tratando de echarse cama abajo, tensas las piernas.

—¡Sí, tienes razón, no te entiendo! ¡Y ya ves, aquí me tienes siendo tu sirviente día a día! . . . —protestó ella, cogiendo una servilleta sucia para sacudir la mesa.

Calzados a medias los zapatos, con el tino de los propios pies, y erguido ya, el hombre se ajustó a duras penas los pantalones, no sin antes dejar ver con descuido el vientre negreado por los vellos espesos.

—De veras . . . —habló, después de una larga pausa—. ¡Tienes razón, Elvira! . . . ¿Por qué será que el hombre tiene que exigirle tantas cosas a las mujeres? . . .

Movió la cabeza. Y se palpó la barba oscura que acentuaba la palidez de su rostro, sin atreverse a caminar hacia la silla en que colgaba el paletó plumizo de polvo.

Era el tercer día que se levantaba, a la zaga de seis meses obligados de lecho.

—¡Por qué será! . . . ¡Por qué! . . . —remedó, con ironía, la mujer.

Y rió con mucho de amargura y crueldad, recibiendo con una mano bajo el borde de la mesa las migajas que acababa de arrear con la servilleta.

El se tiró los pelos de una ceja, despreocupadamente. Acaso le picara allí. Estiró el labio inferior, en involuntario gesto despectivo meditando, tal vez . . .

—¡Ojalá ustedes las mujeres tuvieran un sentido verdadero del sacrificio! —exclamó, ahora, dejando apenas entrever su encono.

—¡Ah, mal agradecido! ¿Es que todavía, encima de todo, quieres desconocer mis sacrificios? —chilló ella, mordiéndose una vez más, mientras lanzaba las migas pieza afuera—. ¡Todavía, Alberto! ¡Eres buen hombre en esto: no sabes agradecer!

Y fué, de inmediato, en busca del paletó, en un gesto de deliberada piedad hacia el marido, que escasamente había logrado dar un paso temblón.

Sobre las tablas carcomidas del pasadizo se oía picotear a las gallinas, disputándose los restos de pan recién desparramados.

—¡Gracias! —habló él—. ¡Gracias, amor mío! —recalcó con una ironía que hizo estremecer a la mujer en medio de toda su insensibilidad.

Dijo esto atormentándose hasta lo más hondo del ser, puesto que no hubiera aspirado a decir: "*amor mío*" sino amando y sintiéndose correspondido; decir así, tiernamente, mirando a los ojos de la mujer con esa pureza de corazón que, pese a todas las voluntades, pone un brillo mojado, de alucina-

ción, en las pupilas y un temblor de deliciosa angustia en los labios y una suavidad de vilano en las manos más tercas y torpes.

—¡Las cosas, Alberto, las cosas! ¡Mal agradecido! —vociferó Elvira.

—¡Sí, las cosas! —habló, lento, él, francamente sereno, otra vez, en sagrado respeto de su hábito—. ¡Te repito, Elvira, ustedes las mujeres no tienen conciencia del sacrificio! ¡Lo sienten, no más, y no esperan sino que se lo paguen! . . . ¡Ustedes, las mujeres, no saben comprender! . . .

Y hasta tuvo ánimos para reír, mientras se endosaba el vestón con esa torpeza natural de todos los convalecientes.

Elvira no dijo nada ya. Le miró tan sólo. Le miró con los ojos desorbitadamente sorprendidos, como una perra rabiosa. Y salió de prisa, como escabulléndose.

Alberto se cogió de una de las perillas del catre y con la mano libre se afirmó del borde del comedor. Así, el rostro estupefacto y doloroso, caminó dos pasos y se apoderó de una silla. Acezando, se sentó, y apoyó las palmas en la mesa. Tenía el pecho descubierto. Y la nuez le subía y le bajaba en el cuello como si fuese una rara avechilla aprisionada entre pellejo y carne.* Las manos enflaquecidas, transparentes, nervudas y venosas, aparecían en el extremo deshilachado de las mangas, como los ramajes podados de quizá qué extraños arbustos. Un mechón soberbio se aferraba a su frente ceñida por un vigoroso cordón de carne, que resaltaba entre dos oscuras arrugas sin edad, como una protuberante costura.

Allí, aferradas las manos al borde de la mesa, se quedó ensimismado, tiritando, a momentos, mientras afuera el otoño se orinaba en las piedras y se burlaba de las hojas secas, como quien se burlara de las más viejas prostitutas.

De noche, podría rodar, llorando, la luna por el cielo de estaño y podrían agitar las estrellas sus pechos ateridos. Pero allí estaría el otoño, este padre de brumas y mendigos, ampa-

rando entre sus harapos los bichos de la añoranza.

Sí. Era el otoño, el húmedo y canalla otoño el que humedecía con su cruel orvallo la piel de la calle. Y nunca como en otoño se oyen mejor las voces calientes de las rameras. Y nunca como en otoño se oye más vibrante el rumor de los serruchos y el golpe jubiloso de los martillos.

A Alberto se le estremecían las carnes. Se le crispó una mano. ¡Qué paciencia la suya! ¿Es que es necesario que venga el otoño y que un hombre convalezca para pesar los quilates del heroísmo?

Sonrió. Bendito himno éste que le dispensaba la vecindad.

Sentía frío. Mas, poco le importaba. Había olvidado a su mujer y el cambio de palabras reciente, cuando ella entró. Habíase peinado un poco y habíase quitado el sucio delantal con que cocinaba. Alberto se la quedó mirando con la emoción corporizada en una sonrisa. Era de una naturaleza apasionadamente tierna. Era un hombre bueno, de rostro huraño, y acaso por ello y acaso porque su corazón había descubierto el secreto de sufrir en soledad, al margen del mundo, es que tenía la sonrisa dulce, ancha, cálida. Era un hombre bueno, de rostro huraño, pero sabía sonreír.

Su sonrisa de ahora extrañó un poco a su mujer, la desconcertó, más cuando, con el disgusto reciente, ella tendría para alimentar su odio la mañana entera.

—¿Es que te burlas? — le gritó.

El volvió a sonreír.

—¡Elvira! . . . ¡No sigamos, Elvira! . . . No sé por qué de pronto me he sentido contento . . . ¡Cómo iba a burlarme de ti! —le dijo, reposadamente.

Y la miró. Estaba bella, dentro de toda su indolencia, dentro de toda su permanente crueldad. Sí, estaba bella. Y aunque era el otoño, él, inválido aún, sintió como si ocurriera la primavera en su cuerpo, como si las sutiles plantas de una

sangre nueva apresuraran la palpitación de cada una de sus células.

—¡Como si no te conociera, mal agradecido! ¡Como si no te conociera! —masculló ella.

El sonrió todavía por una tercera vez. Ahora, la primavera invadía también su grata sonrisa. Anilló a miradas el cuerpo de la mujer y deseó ardientemente tenerla cerca, a mano. El contacto de aquella carne joven, calurosa de sus mejores poderes, le hubiera fortificado. Comenzó a sentir que renacía, definitivamente. Y:

—¡Acércate, Elvira! —le dijo, libertando la más pura voz de su pecho—. ¡Acércate! . . .

Quiso agregar: "linda." Pero, le pareció ridículo.

Afuera pregonaba, a voz en cuello, un vendedor de cebollas. Y la mujer, sin hablarle, sin hacerle caso, salió como huyéndole.

Antes que desapareciese, él pudo retener en las pupilas la vibración de sus pechos erguidos y de sus nalgas robustas, bien conformadas, y el brillo de sus ojos, mezquinos ya para dispensarle otra cosa que no fuese odio.

—¡Elvira! —musitó para su corazón.

Y se mordió una uña. ¿Es que, de veras, la había perdido? No quería pensarlo ahora, porque ello significaría la pérdida de la serenidad.

Y esperó. Ella regresó pronto. Traía en las manos algunas cebollas que dejó sobre la mesa. Conservó, sí, entre sus dedos, una ramilla seca, sin motivo alguno. E iba a salir, nuevamente, hacia la cocina, cuando le golpeó a los postigos del corazón la voz del marido:

—¡Elvira, Elvira!

—¡Pero, hombre, hasta cuándo; hasta cuándo, hombre! —protestó ella meneando la cabeza.

Y le miró duramente, ásperamente, pero sin odio ya. Algo alentó en la voz del hombre que desarmó su alma de

sentimientos oscuros. La ternura tendía ahora a limpiarle de malezas el corazón.

—Te necesito, Elvira . . . —habló él, con palabras roncadas, arrastradas, temblorosas.

Las miradas se cruzaron. Y el silencio, aunque brevísimo, alcanzó a jugar una sutil carta de conmiseración bajo los pechos palpitantes de la mujer.

—¡Sí! . . . ¡Sí, Alberto, lo sé . . . —dijo, lentamente, con una calentura de voz que fué una honda promesa de intimidad acogedora para el hombre.

—¡Elvira . . . de veras, te necesito, Elvira! ¡Acércatel

Alberto temblaba entero. La emoción le confundió un instante. Y sintió que los ojos se le humedecían, pese a todo su esfuerzo porque esto no ocurriera, una vez que tuvo junto a sí, cerca, al alcance de su abrazo, el tibio cuerpo amado.

—¡Dí, habla! —dijo Elvira, casi con melancolía, con palabras que bien pudieran haber sido un par de hojas compañeras separándose al impulso de un aura de otoño.

Y miraba Elvira los cabellos del hombre, no sus ojos que lo mismo podían estar brillando de alegría como de amor o de agradecimiento. Nutridas canas tomaban posesión ya de aquella cabeza varonil en que otrora la pasión se le desparramó en besos. Y era incomprensible cómo, odiando al hombre, detestándole, una energía recóndita propendía a amarrarla a él, a fundir estos segundos con aquella existencia que durante tanto tiempo se había gozado en atormentar, a esta vida que por dos estaciones había estado hiriendo, humillando. Acaso en estos instantes ella admirara la viril integridad, la machihembrada voluntad o el bien maduro heroísmo con que él supo preservarse contra la fatalidad que, a más de emboscarlo en un mal de carne que parecía no tener paliativo, hizo de ella, de la compañera y esposa, la más fiel aliada consciente para intentar desintegrarlo en espíritu.

—¿Qué hable? . . . Yo quisiera hablarte . . . ¿Pero, qué



podría decirte que ya no te haya dicho? . . .

La voz seguía temblándole a Alberto. Las palabras eclosionadas de su boca, tenían en sonido ese mismo poder de las vibrantes noches de verano en que el mundo es como un remoto recuerdo y en que la mano de la soledad enseña al hombre el semblante profundo de Dios.

Cualquier poder que tuvieran, acaso ahora las palabras no pasaran de ser una redundancia.

La mujer, mirando de pronto los ojos del esposo, abrió definitivamente su sentimiento a la exigencia de la piedad ya que no al amor. Hubiera querido comprenderlo, sinceramente. ¿Pero qué lugar va a ocupar la comprensión donde ya no hay ni siquiera afecto?

—Dí lo que quieras, Alberto . . . ¡Habla! . . . —dijo, como siseando.

Y acarició levemente los cabellos por tanto tiempo olvidados de su mano. Y apretó aquella cabeza contra su vientre que ya no podría darle sin nauseas contra ella misma.

El no hizo sino restregar el rostro contra ese vientre adorado que hoy le era extraño. Y de nuevo luchó fieramente con la sal de la emoción que tentaba asistírle los párpados.

—¡Sí, Elvira, qué podría decirte que no te haya dicho ya! —repitió, midiendo las palabras, una a una, tal si paladease, su sabor amargo—. ¿Qué?

Calló. Pero aferró sus manos a las manos de la esposa. Luego, las posó sobre sus caderas firmotas, suaves, dulcísimas, mientras sentía en su sangre —en la sangre de cuerpo y de alma—, los destellos nerviosos de una gran alborada, naciéndole como al borde mismo de un sueño.

Ella se extrañaba. Se sobresaltaba. Temores que la arañaban emergiendo de las laderas de su propia vida y que se le allegaban al espíritu desde las miradas y las caricias del esposo, la estremecían. Hubiera huído, de súbito. Hubiera sollozado. Pero ahora, más que la piedad, más que aquellas

miradas, más que todo, era su propia conciencia la que la retenía allí.

—¡Déjame, Alberto! —habló de repente, violentamente, arrojando recién la ramita seca de cebolla—. ¡Déjame! . . .

—¡Elvira! —clamó, dolorosamente, él.

—¡Déjame, Alberto, déjame! —chilló ella, intentando desasirse de las manos de caliente acero que la retenían por las caderas—. ¡Déjame! . . . ¡Pero, oh, no, Alberto, no! . . . ¡Dime lo que quieras, lo que quieras! —reaccionó, en seguida.

—Decirte lo que quiera . . . —habló Alberto, como dando tregua a su corazón, pero sin soltar a la mujer—. Decirte lo que quiera a ti, Elvira . . . Decirte que te amo . . . , que necesito de ti . . . , que quiero que me quieras . . . , que debes acostarte conmigo . . . ¡Ah, Elvira, no, no! . . . ¿Es que no basta que seas mi mujer? . . . Hay tantas cosas que el hombre no tiene por qué decirle ni pedirle a su mujer . . .

Calló. Quedó como ensimismado, aquejado por un cansancio apenas perceptible por el movimiento de la nuez, en el cuello. Mas, aún aferraba sus manos al cuerpo de Elvira.

Ella se mordía. Había algo que bien podía ser despecho, arrepentimiento, ira, en su mirada. Ya no observaba al hombre sino de soslayo. Su debilidad, esta debilidad suya de ahora —tan grata para el hombre— la aterraba.

—¡Habla, habla, Alberto! Es cierto, soy tu mujer . . . Dime lo que quieras . . .

Y él, ingenuamente:

—¡Los hombres —exclamó tal si se reprochaba su actitud—, los hombres seremos siempre unos niños! ¡Siempre que nos sinceramos ante una mujer no pasamos de ser unos niños! ¿Oyes?

—Te estoy oyendo, Alberto . . . Pero, no digas tonterías.

—¡Tonterías! . . . Tienes razón . . . Cuando niños no queremos más que un bizcocho o un caramelo. Después, oye, oye, Elvira, después . . . , bueno . . . Las mujeres son los bizcochos o los caramelos que estaremos siempre reclamando.

Y se puso a reír.

—¡Basta, basta, Alberto! —chilló ella.

—¿Que basta? . . . ¡Vaya! . . .

Hizo un esfuerzo. Y se alzó, quejándose.

—¡Por Dios! —alardeó ella, soportando su peso, al ayudarlo.

—¡Mira, m'hija! ¡Te quiero, eso es todo! —dijo él, tomando a la mujer por debajo de los brazos—. Eso es todo . . . Te lo digo a pesar de tu odio, a pesar de todo . . . , a pesar de . . .

Y miró a la mujer, angustiosamente, de frente.

Ella palideció.

—¡A pesar de . . . ! . . . ¡Sigue, sigue! ¿Qué quieres decir?

—A qué, Elvira . . . Tú sabes mejor que yo . . .

Y agachó la cabeza, sin desprenderse de la mujer.

Ella se mordió. Y doblégó, también, la cabeza.

El se sentó de nuevo. Seguía luchando contra si mismo. Contra sus lágrimas. Contra su orgullo herido. Contra sus palabras que el amor humillado se obstinaba en despeñarle del pecho.

La mujer era bella, potente, bien conformada.

Y el otoño era un melancólico y húmedo viejecillo impertinente que no despegaba los lagrimosos ojillos de la ventana. Y el sol, en lo alto, peleaba con la bruma, restregándose la canosa cabellera en las desgarradas copas de los eucaliptus.

—No sé qué puedas saber, —habló al fin, después de un largo silencio, la mujer, tratando de reponerse de sus temores.

Alberto, la cabeza entre las manos ahora, los codos en las rodillas, miraba el suelo, sin ver nada, sufriendo, rechinando de sentimiento adentro.

—¡Sé demasiado, Elvira! —exclamó, dando forma a sus ideas—. ¡Sé que no me quieres, por ejemplo! . . . ¡Sé que me odias, que ni lástima podrías tenerme! . . . ¡Sé que nada saco con ser un niño ante ti, en fin . . . !

Ella respiró, satisfecha. Un destello de alegría le atravesó fugazmente la mirada. Se sintió confortada, de pronto. Y en

compensación a su transitorio estado:

—¡Sería mejor que te acostaras, m'hijo! —insinuó al hombre, con mentida delicadeza.

Hasta iba a estirar la mano para acariciar otra vez sus cabellos, cuando él se incorporó. No hizo gran esfuerzo al levantarse. A pesar de toda su zozobra interior, se diría que había recapacitado.

—¡Sí, Elvira! Sé todo esto . . . ¡Esto, y lo demás! . . . —dijo, lamiéndose los labios para aparentar tranquilidad.

—¡Alberto!

El rió amargamente, como pudiera reír un viejo tronco apollado ante el brillo del hacha asesina, con risa sin sonido, seca, honda y caprichosa de grietas.

—¡Sí, Elvira! Pero, ¿sabes? Yo me esperaba en que todo eso pasara, en que no tuviera importancia ninguna. No supiste tener paciencia. Bueno, ¡después de todo, estuvo bien! Eres mujer. Sin que estuvieras enferma, yo te engañé muchas veces. Ahora, tú estabas en tu derecho. Yo, ¿sabes, Elvira?, los sentí, sí, los sentí en la cocina . . . no sé cuántas veces. Bueno, yo no sé de dónde diablos saco tranquilidad para decirte todo esto, Elvira . . . no sé . . . amándote como te amo . . .

Afuera, en el corredor, se sentía a las gallinas picotear el piso. El otoño se frotaba las manos. Y la vida se hurgaba las narices.

La mujer se mordía. Y no teniendo ya qué argüir se dió a sollozar. Luego, como el hombre nada más dijera, se aferró a las solapas de su paletó y:

—¡Perdóname! —exclamó. —¡Perdóname!

Sentía que el hombre la repelía, sentía odiarlo y, deseando arañarle el rostro frío, seco, sin gestos ahora como de lisa e insufriente madera, siguió clamando como una perra baleada, mientras sus ojos parpadeaban y parpadeaban, reclamándole lágrimas al corazón.

—¡Perdóname, perdóname!

Ni lazos de cuerpo ni lazos de alma la unían a quien era su esposo. Pero, no una sino varias veces agitó su cabeza sobre el hombro de quien le dispensara otrora lo mejor de su fe.

Más tarde, sin esperanzas de gestos ni palabras que la liberaran de pesadumbre, se irguió frente a Alberto, tranquilizándose.

—¡Canalla! . . . —le gritó.

Y él:

—¡Sí! Tantas veces que los sentí en la cocina —siguió diciendo, roncamente. —Pero esperaba que todo pasara. Sabía que me odiaban . . . Pero esperaba que todo pasara . . . No saco nada con ser un niño ante ti, ¿sabes? Pero, lo prefiero, porque, ¿sabes, Elvira? Bueno, está de más todo lo que diga. El hecho es que te quiero, y éste es tu hogar, a pesar de tu odio.

De pie, Alberto sentía que generaciones enteras de hombres protestaban en su sangre despreciada. Hubiera obedecido a todo ese tropel de puños, de garras y de dientes que animaban sus nervios hacia la actitud de la bestia. Pero, se estaba allí, sin moverse, erguido, digno, pálido, limpio, varón sin mancha, luchando en esa lucha sorda, pero grande y eterna de la conciencia contra el corazón.

La mujer no fué capaz de aventurar ni una palabra más, ni una mirada más, ni un gesto más. Y salió lentamente, hundida la cabeza, despechada ella ahora, deseando no sabía qué, si un momento de sueño o la infinita sombra.

Las gallinas picoteaban en el piso, allí en el corredor. Aún caía agua de los aleros, y era como si el cielo—gallo ciego en otoño—se allegara a picotear melancólicamente los empeines pardos de la sufrida tierra.

Alberto buscó de nuevo asiento.

La vida le era como un crudo invierno que, de segundo en segundo, arreciara en obscuras y sangrientas tempestades. Mas, estaba íntegro.

Se tomó la cabeza con ambas manos. Y cerró los ojos.

—¡Elvira! —se dijo.

Y se quedó allí, perdido en los andurriales de su profundo ser, hasta que breves pisadas de plantas descalzas lo despabilaron.

—¡Papacito!

Alberto abrió bien los ojos. Y el mundo, ahora, se le mostró en la transparencia de dos tremelucientes pupilas azules, tiernísimas, de cielo virgen.

A pie descalzo, medio tiritando, salpicada de barro desde las andariegas plantas hasta la naricita graciosa, pasando por el delantal deshilachado, ella, la pequeña hija, llegaba allí con una ramita de perfumadas flores blancas, vivas aún de rica savia y de tremolante rocío.

—¡Papacito! ¡Papacito!

Y tentó ella, la inocente, ornar una de las solapas de su paletó con la ramita de profundo aroma.

—¡Preciosa! —exclamó él.

Y le trepidó la voz. —¡Preciosa!

Y pensaba cómo en tan melancólico tiempo la naturaleza, por mano de la hija, venía a brindarle un resabio de primavera. Y le rodaron las lágrimas, mientras apretaba a su cuerpo el tierno cuerpecito de la pequeña, como si aferrara sus brazos a una ilusión que nunca le abandonara.

—¡Papacito!

—¡Linda mía!

Y los serruchos cantaban en la vecindad. Y los martillos golpeaban armoniosamente los tímpanos del otoño. Y el sol ya no era canoso por los cielos, puesto que había vencido, de súbito, a la bruma.



El Pan Bajo la Bota

TODO un mundo de estrellas constelaba mi cabeza en los momentos en que comencé a penetrar en mi pobre barrio. Mi pobre y admirable barrio. Caserío sin buenas luces, pero desde cuyo corazón podía mirarse mejor el cielo que parecía apuntalado por la veterana gallardía de algunos álamos y eucaliptos.

—¡Tan tarde que vienes, m'hijo!

Mi madre estaba en la puerta de la casa, y me besó la frente.

—Don Tito quiso que trabajara un poco más —dije simplemente.

—Vienes helado . . . , m'hijo . . .

—Sí . . . Hace un poco de frío.

—¡Tan avanzado que está el invierno, y todavía no tienes abrigo! —se dolió mi madre.

No dije nada.

Me encaminé al fondo del patio a mojarme las manos. Me ardían como si me las hubiesen desollado. Saltó de la llave del agua el chorro benefactor.

Mi madre habíame seguido.

—¡Otra vez con las manos deshechas, Enrique, por Dios!

—Si no es nada, mamá . . .

—¿Cómo nada, Enrique? . . . ¿A ver?

Me cogió de un brazo para llevarme al comedorcillo, alumbrado ya por la escasa luz de la lámpara a parafina. Me escabullí y salí a la calle. De pie, al borde de la cuneta, traté de localizar en la oscuridad a alguno de mis compañeros.

Mi madre se sonaba en el patio, lo que quería decir que ya había comenzado a llorar.

—Pschhh —chisté.

Me enrababa un poco su terneza, su sentimentalismo tal vez un poco exagerado. Pero ella era así. Y así la amaba, como

a mi padre, a mis hermanos. Por lo demás, ya era hora de regresar, aunque fuese de noche, a una pequeña parcela de mi infancia.

Allá, donde había un grueso lampo de luz que rompía las sombras, balanceándose en las ramas secas de una acacia, estaban mis compañeros.

Doña Chepa, la despachera, se gozaba con nuestras juguetas en la puerta de su negocio. Inventábamos entretenimientos inverosímiles y hasta unas corridas de *par de lomo* echábamos casi encima mismo de los sacos de papas y frejoles.

—¡Enrique! —sentí gritar a mi madre, antes de atravesar la calle—. ¡Vuelve, muchacho, toma una taza de café mientras, antes de comer! . . .

—Más rato —chillé, más que dije, frotándome las manos ardorosas.

Y ya de regreso, cuando comenzaba a saborear la sopa de avena:

—Enrique, hijo, ¡vas a tener que apurarte! —exclamó mi madre—. Tienes que ir en busca de tu padre . . . No ha llegado aún. No sé qué puede haberle ocurrido . . .

Yo sabía lo que esto significaba: ir a la comisaría próxima, y de allí, pedir que trataran de ubicar al hombre.

Callé. Pensaba. Sí. Pensaba. En tanta cosa: en la Asistencia Pública; en algún retén policial lejano.

Tomé la sopa con premura. Me alteraba la idea de que mi buen padre estuviese herido o se encontrara preso. Los comerciantes ambulantes estaban siempre expuestos a contingencias dramáticas, trágicas muchas veces.

En un país libre, en una ciudad abierta a todas las actividades, los humildes se ven comúnmente trabados en su libertad de trabajo. ¡Que el papel de sanidad no está al día! ¡Que el vendedor sobrepasó su radio de acción mercantil! ¡Que la cédula de identidad se quedó olvidada en casa! O quizá qué diablos de circunstancias. Luego, que un camión se le fué encima. Que se resistió a ir detenido y fué apaleado por la policía. ¡Oh, la belleza de la libertad en una ciudad democrática!

—¡Que de la comisaría indaguen a la Asistencia! —exclamó mi madre mientras yo salía—. O que llamen a otro retén.

Me pasó un gran pan candéal con un trozo de carne asada adentro.

—Para tu padre —dijo. Y me besó.

—Bueno, mamá . . .

Me despidieron en la puerta de calle Elena y la buena señora.

Y salí corriendo en medio de la oscuridad, apenas rota por los escasos focos de alumbrado. Hacía un frío endiablado. Y en medio de las sombras se levantaban vaharadas de niebla espesa y arrastrada. Me eché el “sándwich” a la cartera del paletó y me envolví la bufanda al cuello.

—Ten mucho cuidado, Enrique . . . —me gritaba todavía mi madre.

Seguí corriendo. Y más tarde, saltando baches, endilgué por la calle importante del barrio, hacia la comisaría. Llegué allí acezando.

La niebla parecía descolgarse de los barrotes que encerraban el amplio jardín. Había un fuerte olor a estiércol y a ropa mojada.

Se me acercó un policía hosco, como todo policía que se sabe omnipotente dentro de su uniforme y de su mandato.

—Quiero saber de mi papá . . . —hablé torpemente.

—Se habrá emborrachado por ahí . . . —dijo el policía—. Ja, ja, ja . . .

—No, no, señor . . . —hablé, con más aplomo—. Mi papá no se emborracha . . . Puede haberle ocurrido algo . . . Vende queques y calugas en el centro . . . En las escuelas . . .

—Ah . . . Mmm . . . Mmm . . . —refunfuñó—. Espera . . . O, no . . . Dame el nombre de tu padre . . .

—Guillermo Quilodrán, señor . . .

El policía se frotó las manos, después de echarles un poco de su aliento.

—¡Ah! . . . ¡Afff! —hacía yo de frío, a pesar de la carrera.

Me quedé solo en el zaguán en donde la neblina rondaba también como otro policía tétrico, fantasmal.



En la oficina del oficial de guardia se produjo un campañileo y una batahola de gritos.

—¡Al calabozo con él! . . . —gritó el oficial.

Sacaron a la rastra a un borracho que vociferaba lo mismo que si lo fuesen a degollar.

Sonó una vez más la companilla del teléfono. Y, transcurrido un largo rato, regresó el guardia que me atendiera.

—Tu padre está bien, chiquillo —me dijo casi filialmente—. Se encuentra detenido por infracción municipal en la 2.ª comisaría . . .

—¡Gracias, señor! . . .

Venía entrando un grupo de paisanos y policías. Dos de los paisanos traían el rostro deshecho, ensangrentadas las ropas. Más atrás, unas mujeres desgrednadas, llenaban el aire de improperios.

Salí disparado.

La calle, llena de sombras, se abría como la boca de un animal de pesadilla, recorrida de blancos cendales. Un acezar precipitado y casi doloroso me secaba los labios. Apretaba en mi bolsillo el pan con carne, pensando en la inquietud de mi padre. Me angustiaba la sensación de esta vida expuesta a tanto sinsabor. Pero corría, corría. Se me desató una alpargata y hube de detenerme. Algo me pesaba en un costado del estómago. Mas, seguí corriendo.

No tardaron en desvanecerse casi por completo las sombras. Llegaba a una zona mejor alumbrada, pero la niebla, la maldita niebla helada, silenciosa como un ánima asesina, seguía envolviéndome. Allá rodaba un tranvía con una sonajera despiadada. En los bares cantaban los borrachos. Corrían unas victorias desvencijadas, de caballos estornudantes. Me detuve a descansar frente a una mujer que vendía pescado frito. Me asqueó el olor. Y caminé ahora con prisa. Corrí de nuevo. Las bocacalles se sucedían rápidamente, yo lo sabía. Pero mi agilidad parecíame vana.

Por fin, una plazoleta. Altas palmeras en las que se enredaba la luz de los focos enceguecidos por la neblina.

Ascendí una escalerilla de piedra. La gran puerta estaba

cerrada, pero al ruido de mis pasos un guardia se asomó tras una rejilla de hierro.

—¿Qué hay? . . . ¡Cabo de guardial! . . .

—Mi padre está detenido aquí . . .

Se entreabrió un ala de la puerta. Entré.

Se oyó tronar de nuevo: —¡Cabo de guardial!

Vino un hombre menudo, demasiado pequeño para su uniforme. —¿Qué quieres?

—¡Quiero saber de Guillermo Quilodrán! . . . Es mi padre y está detenido aquí.

—¡Ah! . . . Ya . . . ¡Espera! . . .

Recién miré, con ancha mirada, el enorme zaguán. Al fondo, tras una baranda de madera, de pie, cariacontecidos y tristes, una cincuentena de hombres y mujeres, los unos con guardapolvos, los otros con overoles, aguardaban silenciosos el instante de la libertad. Esto es: la libertad, que si es hermosa palabra, es en la práctica el esqueleto de la vida, y su sangre, y su carne, y su robusta piel, el cuerpo entero de la vida.

Esa gente estaba como extática, sin decirse nada, a los pies los canastos de las ventas, o junto a los carritos de mercancías, los tachos barquilleros festoneados de bronce, o los barcos maniceros con sus fuegos apagados.

Vi, sin embargo, una mano huesuda que se levantaba, una mano querida, enraizadamente querida, y oí casi al mismo tiempo una voz igualmente amada:

—¡Aquí, Enrique! . . . ¡Aquí, m'hijo! . . .

—¡Silencio! —gritó potentemente uno de los guardias que custodiaban al grupo.

Trascendía el ambiente carcelario un olor a sudores humanos secos y a humedad de bestias equinas.

Mi padre bajó su enorme y noble diestra. No habló ya. Pero sentí que su mirada, como la continuación de su gesto y de su voz, me llegaba a los tuétanos mismos del alma.

—¡Papá! —exclamé para dentro de mí mismo—. ¡Oh, papá!

El pareció oír mi exclamación sentimental y me sonrió. Sus ojos brillaban, sí, cabrilleaban de una ternura tibia, húme-

da, llena de emoción tan humanamente varona, que sentí que temblaba, que era yo el preso y que él era mi hijo.

Traté de mantenerme rígido, incólume en mi debilidad, en mi sostenida impotencia, pero los labios y la barbilla me tiritaban.

En un calabozo interior comenzaron a vociferar los borrachos y los ladrones. Se escuchaban insultos, ruidos de llaves y golpes. Después, unos hondos quejidos. Seguidamente, una rechifla.

Una mujerota del grupo de comerciantes ambulantes, aulló:

—¡Si ya pagamos la multa, ¿por qué no nos dejan salir, cobardes? . . .

—¡Silencio, puercos! — chilló un guardia.

—¡Nos estamos entumiendo aquí, desgraciados!

—¡Infelices! . . . ¡Peor, mientras más gritan! . . . —amenazó un uniformado, tratando de localizar a quienes hablaron.

—¡Abusadores! . . . ¡Pacos . . . !

El oficial de guardia, un mozalbete espigado, de rubio y menudo mostacho semejante a cola de ratón, se asomó a la puerta de su oficina: —¡A callarse! . . . —gritó.

Y se quedó largo rato observando al grupo. Se produjo un silencio de tumba. Ahora, era como si el olor a caballeriza que impregnaba el zaguán, se diera a imprecar. Algunos temblaban, castañeteando los dientes. Oleaban los alientos lechosos en el aire frío.

Yo fuí acercándome lentamente. Los guardianes parecían no verme. Alcancé hasta la baranda. Extraje del bolsillo el pan con carne asada que llevaba a mi padre y tenté pasárselo. El alargó, quizá ávido, la diestra dura y venosa. Mas, cuando ya lo recibía, la luma de la ley se descargó sobre las manos juntas de un padre y de un hijo.

—¡Carajos! ¡Qué se figuran! . . .

Retiramos nuestras diestras tensas de dolor. Nos mordimos. Un guardia me tomó de un brazo, refunfuñando, y me arrastró con rabia hasta las inmediaciones del portón. Y allí quedaron el pan y la carne, desenvueltos por la violencia del

golpe y la caída, mostrando todo un cuadro sobre el suelo de cemento, un cuadro como de pura ternura humillada. Y allí, sobre esa nobleza nutricia, como sobre la tradición misma de las luchas del hombre, se posó una bota negra indolente de lustrada impiedad.

Me mordí una vez más. Se mordió mi padre. Nos mordimos todos los que, en medio de ese olor a estiércol, sentimos rudamente que la dignidad es materia insobornable del alma humana.

El guardia se mantuvo impertérrito. Yo hubiera llorado. Mas, la entereza de mi padre me daba coraje. Cerré un instante los párpados y me tragué el odio. Sí, el odio, el horrible odio que, aun en los pueblos libres, germina, contra la buena voluntad de los hombres limpios.

En medio del silencio, sonó de repente, como una escofina amable, una voz:

—Los que pagaron la multa, que se acerquen a la puerta.

Hubo una rebujiña. Los unos comenzaron a recoger sus canastos, mi padre entre ellos. Los otros, acercándose a sus carritos, a sus portabarquillos, a sus barquichuelos de fuegos apagados.

Salió el oficial de guardia y fué dándoles la salida, de uno en uno. Mi padre fué de los primeros. Se acercó a mí. Me apretó contra uno de sus costados. Y, abierto el portalón, salimos todos como una bandada de extraños pájaros, en medio de un crujir de canastos, sonajera de tachos y rechinar de ruedas.

La noche estaba cerrada de bruma. Miré el canasto de mi padre. El dijo, simplemente:

—Le dí a esta gente los últimos queques que me quedaban . . . Me trajeron porque estaba vendiendo en una calle del centro. Cosas de la policía. . . . Y se encogió de hombros.

En medio de la bruma, pasaba un *carro burro*. El conductor reconoció a mi padre y frenó el armatoste:

—¡Eh, aquí, aquí, eh, viejo Quilo . . . !

Trepamos al carro. Y fuimos penetrando en las sombras lácteas de la noche, como penetrando a nuestra propia soledad, grande de potencias filiales.



La Jernura

¡H OJALATERIA qué componeee . . . le! . . .
Rengueando, rengueando, el viejecillo voceaba cansadamente, mirando a todos lados, deseoso de que una seña humana cualquiera le indicara la posibilidad de alguna pequeña ganancia. El ansia ferviente de que siquiera en estas postreras horas del día la suerte se apiadara de su decrepitud, de su adulta orfandad y de su fatiga, le hacía oír, a intervalos, llamados imaginarios, ficticios, nacidos en este o aquel lugar. Pero la mirada cegatona se esforzaba inútilmente, quebrándose en los rayos últimos del sol, en la búsqueda del ansiado movimiento de mano.

Mal día, realmente, mal día éste para el viejo Demetrio.

La tarde se iba y la claridad dorada y lírica manteníase merced a la pertinacia de las acacias por retener al sol, enredando en sus espinas los rizos de sus barbas. La calleja, rejuvenecida en su vejez cacarañada y en su miseria hediente a guano, a fritanga, reía y gritaba a destajo por la garganta de la chiquillería en fiesta.

Poco faltaba ya para que la Nochebuena se coronara de estrellas y rigiera al mundo en un reinado de júbilo. Pero algo rebelde, agrio, terco, crecía y se clavaba dentro del corazón del buen viejo Demetrio. La caja con las herramientas y menesteres de trabajo pesábale duramente en las espaldas. Los dedos de su callosa diestra parecían querer rebanársele bajo la presión del aro ardiente del hornillo. El ruido mismo que producían al chocarse las cuatro o cinco cacerolas y

bacinacas viejas en que había invertido sus últimos centavos, le era como una cantinela de angustia. Algo de niño hambriento tenía aquello. Algo de refunfuño de infante succionando inútilmente el seno materno. Algo de precaria queja evadida del pecho de un moribundo de hospicio.

—¡Hojalatería qué componeee . . . le! . . . ¡Hojalatería qué componeee . . . le! . . .

Era la fe del hombre, la fe y las constantes esperanzas del hombre que ha vivido y ha sufrido mucho, las que voceaban por la garganta de nuestro buen viejo Demetrio. Pero el mundo, este mundo apretado, miserable y siempre confiado que era el suburbio, si no le oyó durante tantas horas del día, ¡cómo iba a oírle ahora, atardeciendo ya, cuando la mente se hacía milagro para entramar posibilidades que permitieran la luz de un instante feliz en medio de la hosca realidad! Las ollas tanto tiempo rotas, todavía soportarían el tarugo de trapo en esta noche de “paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.”

¡Mal día, de verdad, para el buen viejo Demetrio!

—¡Hojalatería qué componeee . . . le! . . .

Sus gritos iban y venían por la calleja.

El sol, a tirones, había safádose de las uñas pertinaces de las acacias. Y leves guedejas de sus barbas, como lanillas rubias de ovejas nuevas, mecíanse entre las verdes manos de los árboles, sembrando sutiles trofeos de metal noble.

Pasaba a esta hora aún, el vendedor de remolinos de papel y, a pesar de que no voceaba su mercancía, ¡cómo le rodeaban los chiquillos zarrapastrosos, enarbolando entre sus dedillos sucios el miserable pero necesario cobre del trueque! Tocaba también el organillo, puesto en actitud de gangosa melodía por el hombre sombrío de la pata de palo. Le acompañaba el individuo del bombo, con su grasiento artefacto de pellejo, de cartón y tintineantes platillos, coronada la cabeza con el cucurucho circuido de cascabeles.

—¡Hojalatería! . . . ¡Hojalatería qué componeee . . . le!

El mundo estaba sordo a las voces del viejo. No había oídos para su voz ancianamente esperanzada, que parecía naufragar en el bullicio tumultuoso que invadía el crepúsculo. Sonaban las primeras cornetas fabricadas con bovinas de cartón desechadas por la industria textil.

El gozo niño tenía en la calle su imperio inmarcesible.

Demetrio no gritó ya más. Su paso vacilante se hizo más lento. Y así como las sombras tomaban posesión del aire, una noche de espeso cuerpo se situó en el sentimiento añoso y curtido del viejo. Sólo que, si las sombras del mundo externo se alumbraban en lo alto de rutilantes ojillos azules, ígneos, plateados y verdes, las ilusiones no tenían pupilas, y eran ciegas y torpes, en la obscuridad tenebrosa que le apretaba el corazón.

Se encendían también en la calle los faroles de dudosa lumbre. Los primeros cohetes y petardos comenzaban a corear el estrépito de las cornetas. Estrellas de sonidos, luceros de pólvora y fósforos de Bengala daban estirpe de leyenda a la triste calle suburbana.

Mas, cuánta sombra desolada en el pecho fatigado de Demetrio. Ni un nuevo grito nació otra vez de su garganta. Era como si comenzara a adorar su densa amargura, y una voz cualquiera nacida de su pecho le fuera como a arrebatarse alguna de las ovejas del rebaño sombrío que pacía en los faldeos de su corazón. Sólo el respirar, más bien su acezar de animal mucho tiempo en trote, era su modo de expresión. Expresión patética y trágica de un estado orgánico que acaso precisara de la mediación urgente de un hombre de ciencia.

Sujeto a la hilaza ordinaria de una derrota que lo hería lo mismo en la torpe conciencia como en los profundos matorrales de su sentimiento, poco menos que haciendo propia alegría del regocijo infante que corría a raudales por la calleja, como una burla que la miseria se infligiera a sí misma, venciendo

sus densas sombras espirituales, para blandir la resignación como un cuchillo de doble filo contra su pecho, mordiéndose, rebanándose contra un medio que, seguramente, nunca le fué tan adverso como hoy, Demetrio echó trastos y menesteres al suelo, y buscó apoyo para sus asentaderas en el borde de la cuneta.

La noche ganaba terreno en el aire introduciendo sus lutosos dedos donde mejor le placía. Quemábase su pelaje funerario en la llamarada de los petardos. Pero su contumacia la hacía soberana al amparo de los zaguanes y los aleros.

La picardía infantil se esmeraba en sobresaltar al viejo en su descanso tan merecido. Pero él, curtido, duro, apelaba a la testarudez que ahora lo definía como animal tozudo e insensible, para aparecer indiferente ante las puyas de boca y los estallidos de pólvora estrepitosa y maloliente que le rodeaban.

Nada decía. Y, cuando más hundido que nunca en estas horas propiciatorias y aniversarias para los "hombres de buena voluntad", recurría a sobajear con el cerebro un sueño de muerte, he ahí que un borracho le hizo bienaventurada la diestra con la dádiva cobriza de una moneda.

—¡Toma, ñatito! —le dijo, hipando, con afecto compañero.

—¡Eh, carajo, yo no soy pordiosero! . . .

Las palabras se le quedaron meciendo a borde de labios. El desprendido ya iba distante, refunfuñando, bamboleándose.

A la amargura y a la desolación, siguió el despecho. Demetrio de verdad, por encima de todos sus haraposos años, era un hombre de trabajo. El orgullo le salió a tranquear a flor de boca y de pupilas. ¿Es que él iba a permitir que su vida afluyera a un tiempo de manos estiradas o a un correr de horas pobladas de dedos mendicantes? Las llagas se lo comerían entero, su cojera podía transmutarse en un eterno arrastrar la pierna por todas las rutas del canalla mundo. Pero tenía sus manos, su cautín, su hornillo, su soldadura, ¡y que viniera la necesidad a asaetearlo!

Ahora, ¡claro!, pensándolo bien, cuando el día ya estaba ausente, cuando todos los hombres se arrogaban una condición de "buena voluntad", no estaba mal esta moneda caída al azar. ¡Que le valiera por el rengueo y el vocear de tantas horas!

Luego los ángeles cantarían en el cielo, cabalgando en las estrellas convertidas en potrancas. Dios recitaría un salmo en bien de la hermandad humana. Sobre el mundo, la infancia, pastoreando sueños colmados de golosinas y juguetes, posibles o imposibles, ostentaría, como la estrella de Belén, claros destellos de esperanza.

El viejo Demetrio se levantó. Sobre los barbechos de todas sus amarguras, una alegría frenética le traspasaba el alma.

¡Fuera orgullo y sombras desoladas!

Se acomodó la caja de herramientas en la espalda, pasando la correa por encima del hombro. Arregló su menguado y sorprendente rosario de cacerolas y bacinacas abolladas. Engarfió con los dedos el hornillo. Luego, renguea que te renguea, echó los pasos hacia la estrecha e infecta vivienda.

El conventillo reía por la boca de todas sus puertas y de todas sus cocinas. Victrolas sin aliento mordían tangos y añejas tonadas en algunos cuartos. Un borracho cantaba. Y el rufián que ejercitaba a diario las manos en el rostro de la sufridora amante, era ahora como un ángel caído de la entraña misma del buen Dios.

El viejo reía para los adentros de su soledad. El peso, el cobre de a peso, claro que no era una fortuna. Ni mucho menos ni mucho más. Pero valía por una pequeña alegría, por un equilibrio de sentimientos, ahora que el día se había ido y ni el cautín ni la soldadura tenían función alguna que cumplir.

Y bien.

Llegó el buen viejo a su cuartucho. Encendió el cabo de vela, pegado, a falta de palmatoria, en un cenicero roto. Se sentó a meditar sobre la inversión del desquiciado cobre.

Sus menesteres: la caja y el hornillo; y el sartal irreverente

de bacinacas y cacerolas, se confiaban en un rincón amargas intimidades sin palabras.

Tampoco tenía palabras el buen viejo para conciliar sus deseos con las conveniencias. De codos en la desarticulada mesa de colihue, las huesosas posaderas hundidas en la suelta y deshilachada totora de la única silla que poseía, sentía ronronearle las tripas. Aunque el hambre muy de veras le dolía, no acertaba a definir qué bocado le vendría mejor en este momento, con tan menguados medios. En el fondo, escondía con secreto rubor sus agradecimientos que, naturalmente, emanaban desde su espíritu para con el dadivoso y noble borracho.

Miraba complacido, olvidado del todo de sus brumas, la lengua luminosa de la vela obstinada en apegarse a las alas de una inocente polilla. Las tripas le ronroneaban. El viejo, con más sentido del humor, pudo haberles dicho:

—¡No os inquietéis, hijas mías!

Pero estaba lejos de esto. Una araña tejía con afán su tela. Podía suponerse su necesidad de bocado, puesto que se urgía en la terminación de la trampa. En tanto, las incautas moscas hacían del aire su reino. Las pulgas, en el piso, buscaban las pantorillas del viejo.

Demetrio, aunque no atendiera al llamado de su apetito, pero dueño flamante de un cobre de cien céntimos, sabía por sobre todas las cosas que lo que más apuraba a sus conveniencias era comer. Sin embargo, sabía también que era noche de Pascua y otra necesidad, no orgánica sino de espíritu y determinada fundamentalmente por la circunstancia festiva de tiempo, le asaltaba. En su corazón y en su conciencia esa necesidad tendía fuertemente a revelarse. Tenía la sensación, la inquietud de ella. Mas no lograba precisarla, no conseguía captarla. Su empeño era exactamente como el de la lengua caliente y luminosa de la vela ansiando inútilmente arrebatarse la vida de la atontada polilla, que, quizá por qué milagro,

se mantenía aún en vuelo.

Mucho pensó Demetrio. Mucho apuró los pensamientos y las ideas. Era inútil.

Por fin, mirando al azar hacia una de las murallas, captó entre las brumas cobrizas de la penumbra el rostro plácido de su vieja, muerta hacía tantos años, y que le miraba como en propia vida, desde tras el vidrio mosqueado de un retrato.

¡Ahí estaba! ¡No faltaba más!

Su estado de euforia estuvo a punto de transformarse en instante de pena.

—Era ella, la vieja querida, la que reclamaba su parte. . . —pensó, añorando al borde de una tristeza que luchaba por ser también alegría. ¡Era ella, la vieja querida!

Y echó su espíritu paso atrás en su vida. Aquí mismo, entre las cuatro paredes infectadas de chinches de este cuarto miserable, él pasó tantas Pascuas acompañado de su vieja. Aquí mismo, en Nochebuena, exactamente cuando una araña hilaba su tela como ahora, porque en la casa de los pobres nunca falta la araña que se encuentre construyendo su tela, aquí mismo, mientras la lengua de un vela como ésta pretendía también sorprender a una incauta polilla, el rezó con su vieja una oración de paz y de concordia humanas. Era una oración que nunca aprendió de memoria, porque era dulce oírla sílaba a sílaba de labios de la esposa, y era regocijante sílaba a sílaba repetirla, como haciendo eco a la lúcida ternura flúida del transparente corazón compañero. Afuera, como hoy mismo, los petardos y los cohetes desafiaban las estrellas con sus brillos estrepitosos. Y las campanas, en la lejanía, afinaban sus metales en secreto para el mejor sonido en la hora exacta de la divinidad sacrificada en hombre. Recentales extraviados llamaban a sus madres en los campos vecinos. Y los grillos pulían sus élitros para una pronta serenata ante el regocijo del mundo. En los cuartos inmediatos, guitarras de tibias cuerdas decían su palabra melodiosa. Y en la sonrisa

de la cariñosa y dulcísima vieja, Dios mismo era el que asistía a su humilde mesa.

Así, andando los minutos, él, Demetrio el hojalatero, y ella, la jibada, la arrugada, la bondadosa compañera, saboreaban los bizcochos que ésta preparaba para tan feliz ocasión.

Sí . . . Antaño . . . Todo parecía antaño . . . Como humo de incienso diluyéndose tras los vitrales trizados del tiempo.

Ahora, ella, la compañera, estaba, desde el retrato y desde su corazón, sin que él lograra percatarse de ello, reclamando su parte en la cena.

—¡Era ella, era ella! — pensó, de nuevo, en voz alta.

Y salió, feliz, acariciando en el único bolsillo intacto de su seboso paletó, el cobre que, si hacía rato le hizo resentirse en su orgullo de hombre de trabajo, ahora le colmaba el sentimiento de complacencia.

Desecharía los *sánguches* y optaría por unos pequeños bizcochos. Es cierto que estos últimos eran poco consistentes. Que su estómago reclamaba un alimento de peso. Pero, saboreando los bizcochos, se imaginaría que su vieja le acompañaba y que le sonreía como antaño, en vida, después de pronunciar, en un mismo movimiento de labios y en una misma vibración de garganta, la cálida oración de paz.

Un gozo infinito rebalsaba el pecho esmirriado del buen viejo Demetrio. Aspiró el aire de la noche como si en él aspirara el regocijo todo del mundo. Brilláronle a la luz de una fogata los ojillos de ratón contento.

El estampido de los cohetes y petardos no cesaba. Y la calle se estremecía, sabiéndose como una sola voz de pólvora en estallido y de júbilo infantil en plena libertad. En el conventillo había un movimiento inusitado. Apenas una que otra lavandera manteníase todavía apegada a la artesa. Las cocinas tenían una risa más segura, pelando la dentadura de sus fuegos.

La pobreza parecía fallecer ahora, ocultándose tras firmes

velos de fantasía. En cada rincón donde la miseria mordió un mendrugo de vida humana, parecía surgir un milagroso retablo de amor y de ternura. Los hombres todos habían rejuvenecido. Y era como si hubiera llegado la hora de que toda la humanidad fuera niña.

Demetrio así lo sentía. Y se gozaba de ello. Y rengueando, rengueando, salía, muy ufano, conventillo afuera.

¡Si hasta deseaba tener una corneta o un pito para hacer más completa su felicidad!

Pero, sucedió algo que aceleró las corrientes de la sangre en las venas del viejo. Algo inconcebible en esta noche de exaltado regocijo. Allí, sumido en su silleta de brazos, el pequeño Carlos, el lisiadito de diez años, lloraba sin consuelo.

Acababa de arrebatar, lleno de júbilo, un alambrito estallante de estrellas artificiales a un muchachón que pasaba.

—¡Ladrón! —gritó el afectado.

Y le golpeó el rostro, duramente, impiadosamente, rescatando de las manos inocentes el trofeillo maravilloso, y echando a correr hacia la calle.

—¡Mis estrellitas, mis estrellitas! —quedó lamentándose él.

—Chiquillo mañoso, no más . . . ¿Qué te pasa? . . . ¡Chiquillo de moledera!

La madre había salido a sus gritos, exasperada. Pero cierta de lo ocurrido, atendió al pequeño, acariciando su rostro paliducho, lamido por la luz de las cocinas.

—¡M'hijito querido! ¡Mañana le compro una corneta! ¡Ya, ¿quiere?!

Hundía ahora los dedos de su diestra, deformados de tanto y tanto lavar, en la cabellera rizada del hijo. Sin embargo, no había consuelo para la pena infante.

En la calle, los pitos y los petardos seguían sonando. La flauta de las estrellas tocaba en lo alto su mejor y más brillante melodía. Pero aquí en los corazones fusionados de una lavandera madre y de un lisiadito niño, la tristeza se estaba

vengando de tanta alegría.

Demetrio también experimentó como si la maldita tristeza empezara a morderle el corazón. Detenido allí, sentía que sus gozos y sus ánimos perdían condición de vitalidad. En su colgante labio inferior, sintió que el raigón de su colmillo casi hacía brotar la sangre. Se mordía el viejo cruelmente.

Y así, sirviendo de macho al fantasma de la amargura, rengueando, rengueando, prosiguió camino hacia la calle. Sabía bien que, con su flaqueza sentimental, traicionaba el recuerdo de la buena compañera muerta. Pero, ¿qué iba a hacerle?

En la calleja, la fiesta no tenía fronteras. El júbilo andaba como a la búsqueda de corazones. Mas, le era imposible alcanzar los tramos del de Demetrio.

El despacho de la esquina apestaba a sebo, a mugre. Pero por sobre todo estaba la felicidad, el parloteo de las risas. El viejo se allegó al mostrador, codeando a los chiquillos que se agolpaban.

—¡Eh, señor, a ver, largue un peso de esas estrellitas!

Tiró el pringoso cobre sobre la cubierta. Y cogió con manos ávidas los alambrillos en trance de milagro.

Ahora, recién, entrando de nuevo al conventillo, la paz empezó a tomar posesión de su añoso y esmirriado pecho. El regocijo lento y calentujo inició la conquista segura de su sentimiento.

¡Bendita cosa ésta de vivir!

Aún la lavandera apretaba contra sus faldas el rostro inconsolable del querido hijo.

—A ver, señora . . . con permiso.

Con algún esfuerzo que no sintió, Demetrio echó asenteras al suelo duro y humecido. Ya estaba gozando con la sorpresa que daría al inocente.

Extrajo fósforos. Encendió uno y lo atracó a la cabeza

del alambriillo maravilloso. La mujer le miraba hacer, desconcertada.

“Acaso el abuelo se ha vuelto loco,” pensó.

El chico no lograba comprender nada tampoco. Pero, todo lo dijo y lo hizo comprender el estallido azul verdoso y argentino de las estrellas.

—¡Mamacita, mamacita!

Palmoteó el pequeño antes de coger de manos del viejo el alambriillo que le alargaba. ¿Es que era suyo aquel milagro? Ahora, lo sostenía en sus manecillas y era como si el cielo le dispensara una parcela de sus gratos dominios. Brillábanle las pupilas azulencas y ya no fueron lágrimas de pena las que rodaron por sus paliduchas mejillas. El gozo lo inundaba puertas adentro de su diminuto pecho niño. Y nadie habría ya capaz de arrebatarse su pequeño derecho a la felicidad.

La madre, aunque lo hubiera querido, estaba imposibilitada para hilar palabras. Los rostros, a la luz esplendente de las estrellas fugaces, estallaban en destellos ciertos de regocijo, de encanto y de ternura.

El mundo, el trágico mundo hoy en fiesta, se concentraba por completo y sin condiciones en este reducido triángulo humano que, por breves instantes, tuvo en sus manos el secreto de alegrarse a fuerza de soltar las amarras de la ternura.

Las tripas de Demetrio reiniciaron su ronroneo. El hambre lo azaeteaba impiadosamente. Pero, una alegría extraña, una lumbre de paz consigo mismo y hasta de paz con la maldad del mundo, conocida, cruda y continuadamente en carne propia, un rescoldo apasionado de júbilo, se acurrucaban en el fondo de su emoción.

Se alzó, quejándose.

—¡Son todas tuyas! —musitó, apenas, alargando al pequeño los alambres de maravilla.

No mediaron gracias. Mediaron, sí, calores de compren-

sión y lágrimas dulces, lentas, llenas de luz.

Rengueando, rengueando. Demetrio endilgó, en seguida, a su covacha. Antes de cerrar la puerta, sus ojos se colmaron de estrellas. Estrellas de arriba, de Dios, si así pudiera decirse en esta noche. Y estrellas de abajo, estrellas del hombre, enseñando, en medio de la miseria y de la angustia, el semblante de la felicidad al corazón de un niño.

La vieja, la buena compañera, estaba allí, colgada de la muralla, plácida, alucinada, venciendo la mugre de las moscas, como venciendo toda la porquería del mundo a través de los años, para allegarse al alma de Demetrio, al alma de su Demetrio, en jubilosa compañía de Navidad.

¡Y qué importaba que las tripas ronronearan! ¡Qué importaba que las pulgas y las chinches asecharan entre los cobertores del camastro, cuando el viejo había descubierto en esta noche el poder milagroso de las estrellas!

Era una enseñanza que su curtido corazón nunca había concebido. Una enseñanza que le haría más liviano el fardo de sus últimos días.

Las cornetas, los pitos, los petardos, ensordecían los ámbitos. Un humo invisible buscaba, mediante el aire, relaciones entre los hombres y Dios. Un niño y una madre lloraban quedamente, sin palabras, conteniendo en el seno de sus lágrimas, el reflejo de toda una maravilla artificial venida a su emoción desde las manos sarmentosas de un viejecillo enternecido.

Y un hombre, apoyado en el cayado de todos sus años, temblando en medio de su más alegre noche, se preguntaba el por qué de este manantial que, de pronto, habíasele creado en medio del pecho, y el por qué de este azúcar que venía a ennoblecer, bajo la obscuridad, la cardosa blancura de sus barbas, para golpear, luego, en pristinos goterones, el tocuyo sebio de la almohada.



Rapsodia en Luz Mayor

HABIA SIDO UNA noche de amargura, de sobresaltos y de oscuros sentimientos humedecidos por lágrimas trituradas a recio diente de corazón. Fué como un agitado rielar sobre una línea marítima turbulenta, sinuosa.

Cuando, de súbito, creyó experimentar el contacto dulce de la calma en los contornos de su espíritu; cuando quizá por qué mero favor de Dios, los dedos del sueño, a tientas, cálidamente, parecieron acercarse en las sombras a tersarle los párpados agrios y ardorosos de sal de pecho adentro; cuando algo como una lucezuela que bien pudiera ser de estrella o de fanal manoteando entre cerradas nieblas, intentó, allí, como en el origen mismo de sus sinsabores, aliviarla con su influencia blanda y calentuja; y darle paz; y darle resignación, que es también esperanza; entonces, cuando todo esto estaba a punto de acaecer, o se daba a llorar y a berrear el párvulo nacido días antes, o un gato amoroso, o un puño de viento iracundo, golpeteaba los latones del tejado.

* * *

UNA DE LAS VECES que aconteció lo primero:

—¡Pero, por Dios, qué guagua ésta . . . —vociferó ella, airada, rabiosa.

Mas, a la zaga de la exasperación, muelles plantas hollaron aterciopeladamente su alma. Y era que la ternura, y era que el instinto de mujer recién o antiguamente parida, le desbarataban los malos ímpetus.

Y se hizo, natural y femeninamente, toda arrumacos:

—¡Lindo! . . . ¡Mi lindo, precioso, si algo, no más, tiene que dolerle! . . . —exclamó, quejumbrosamente, pensando, tal vez, en que acaso no fueran suficientes sus dolores y sus angustias, puesto que el pequeño hijo también tenía que

sufrir—. ¡Calladito, preciosos! . . . —prosiguió— ¡Calladito, m'hijo lindito! . . .

Y fué la suya una voz que, de lamentosa, cobró matices de susurro; tonos de brisa rozando herbazales; inflexiones de músicas oídas en lapsos ya añejos.

Luego, creyéndolo indispensable, encendió la luz; una vela chata, chorreada de su propia materia, que semejava una tenebrosa columna a cuyos flancos se hubiera congregado, en trance de plegaria, un grupo de ánimas de trasgos.

—¡M'hijito querido! . . .

No fué menester que echara afuera un pecho, puesto que ambos estaban desbordándose por sobre el escote de la pulgada camisa, grandotes, abundosos, brunos: demostraciones de una salud que la mujer, en sí—por lo menos por el rostro anguloso y avejentado—, no aparentaba. Le dió el más lleno, el más duro y rumoroso, ése que estaba a punto de dejar escapar su tibia y blanca esencia. Y refunfunó, y refunfunó el mamón presionando y chupando de tal modo con lengua y labiecillos, que ya no tuvo tiempo para dar pausa a lloros.

Se revolvían en el lecho del rincón los otros dos niños, inquietos quién sabe por la picada de las pulgas o, muy posible, buscando confundir aún más los cuerpos, para mejor precaverse del hielo mediano que poblaba el aire.

Había en el cuartucho un olor profundo a leche, a sebo quemado; o quizá si perseverara en el aire un hálito de vida estelar ciega, desatentada, fenecida.

Ella, la mujer, tapiando a costa de ternura, los hondos dolores de su corazón—sin dejar de sentirlos—, experimentaba el deleite —sensación que hubiera deseado que fuese eterna— de dejar fluir, a las chupadas violentas y animales del infante gruñón, lo que su ser creaba para alimento de esa nueva vida.

Cerró los ojos, suspirando; y se alumbraron sus células de estremecimientos que lindaban en aquéllos que unas manos compañeras de hombre le despertaron otrora, por decirlo así, ya que siempre es *otrora* el tiempo feliz perdido definitiva-

mente, aunque sea un segundo antes del presente.

¡Otrora!

Ella, nuestra mujer, Gabriela, recostada en el lecho, dando el pecho a su hijo, sufría precisamente por esto. ¡Por lo que fué otrora! Y es que los seres humanos, cual más, cual menos, tenemos la maldita manía, el hábito menguado, mezuquino e indolente, de llorar por lo que fué. La felicidad, si es que es posible sentirla de verdad, debería ser un don terrestre en cuyo ejercicio se acendrará el alma de tal modo, que su abandono inevitable no fuese advertido, sino cuando el asomo de su vuelta nos anunciara una nueva face de vida.

Espantoso materialismo, puede ser esto. Pero, materialismo constructivo, al cabo. Respetables son los ayes y las lágrimas, los sollozos y los suspiros, los pañuelos batiéndose en lontananza, los recuerdos, las voces perdidas, las flores sin color disecadas en los libros, las osamentas sentimentales blanqueando en los desiertos de antaño. ¡Pero, cuánto más respetable es el semblante de la entereza humana, semblante crispado, si se quiere, interponiéndose a las ocultas y negativas fuerzas de lo que ya no es, en bien de lo por venir!

¡Otrora!

Gabriela pensaba en otrora. En unas manos que ya no eran suyas, manos de varón, grandes, burdas, obreras, venosas, pero tan extraordinariamente pobladas de tersura en la caricia. Y también en unos ojos, como decir dos carbones, por lo negros, que se encendían, sin consumirse, cuando la pasión se liaba a sus orígenes; porque, si eran como carbones los ojos, lo eran de aquéllos que por siempre guardan savia del árbol de donde provienen; y esa savia los unía a una tierra de promisión en plena dádiva de sus potencias. Y también Gabriela pensaba en una voz, ni ruda ni amable, pero viril, masculina, enérgica, capaz de mandar, de dominar, de seducir, de doblegar a costa de varonil y levemente áspera ternura. Y pensaba en una arrogancia, en fin, no exactamente vertical como son las vulgares arrogancias, no arrogancia de hombros cuadrados,

no arrogancia de frente echada atrás, sino una arrogancia medio gibada, alta sí; de andar en cierto modo balanceado; arrogancia de rostro un poco duro, de rasgos violentos generalmente negreado por barba de días.

Y esto, lo que ella, Gabriela, amó, adoró; esto, lo que ella amaba y adoraba todavía, y que seguramente amaría y adoraría hasta que la última astilla del postrero de sus huesos—sus huesos materiales e inmateriales— se perdiera en los confines del tiempo, ya estaba extraviado de su cuerpo y de su alma. Todo pertenecía a otra mujer por hoy.

* * *

GABRIELA, instintivamente, gozando ese gozo que da a las madres la succión de los labios del hijo en el pecho; y sufriendo, también, sin poder ahora tapiar con el regocijo que le daba la criatura al mamarle ni con la ternura propia de la maternidad, los negros rebujales que se enmarañaban allí, como en el mismo origen de su leche; Gabriela, instintivamente, posó las pupilas mojadas, terreras, brillantes, sobre el cuadro que colgaba en la muralla de papel destruido y despegado, entre una vieja naturaleza muerta y un dibujo de don Pedro Aguirre Cerda, que lo mismo podía haber sido de Balmaceda o Recabarren.

Era una fotografía ampliada de cuando se casaron ella y su hombre. Esto había ocurrido en el norte, en una *oficina* salitrera pequeñita, perdida en la Pampa inmensa y entre los esqueletos renegridos y herrumbrosos de las otras *oficinas* paralizadas.

Ardía el ámbito gris, chicoteante, magro. Pero, ardían también los seres, esos seres que eran ellos; ardían de felicidad, más que como ardían en estos momentos sus ojos enrojecidos por la lija perseverante del llanto. No aspiraban a nada que no fuese amarse y honrar ese amor con el trabajo y los hijos, uno de los cuales comenzaba ya a nutrirse de vida en medio de la vida de la mujer. El hombre se desempeñaba como *derripiador*, una de las labores más severas de la Pampa.

Era una existencia dura aquélla, hostigante de sol parco y protuberante; hosca de un paisaje caldeado, tenebrosamente inquieto y vibrante sobre las *rampas* lejanas, los lomajes agrietados y los distantes contornos de las negras o rojizas armazones de las *oficinas* en receso.

Golpeaba allí la luz. Era una luz grande, enorme, como un moscardón infinito que zumbara y acezara incesantemente en los aires. Era una luz que recogiera todos los rumores del mundo y los vaciara en la vida de los hombres por ojos, oídos y poros. Era un moscardón que zumbaba y aleteaba sin cesar, produciendo una rebujiña caliente que ni la más potente voz humana hubiera conseguido acolchar ni apagar. Y es que la Pampa en cuerpo entero es bullicio. La vida y la muerte tienen allí su caja de resonancia. El trabajo y el amor. El canto del mar y el huracán hirsuto de las montañas. La sonrisa y la lágrima.

Era una existencia dura aquélla. Pero, era alegre tras y bajo la intimidad de las "calaminas" del campamento donde había el amor. La alegría, en este caso, apuñazaba, como chanceando, la rudeza del ambiente. Y era bello sentir en medio de la lucha y del esfuerzo, cómo los corazones latían a un mismo compás en el deleite del cariño y la comprensión.

Los hombres le peleaban al cerro y a la máquina. Y ella, Gabriela, mientras esperaba al esposo, tejiendo en los atardeceres junto a la puerta del cuarto, vió a los pampinos venir desde los *rajos*: desmelenados los que se habían descubierto, hinchadas de viento las *cotas*; y los oyó cantar sobre los carros trepidantes: cantos sudados, rebeldes, de enérgica protesta, pero, que, desde la distancia, entre risas, siempre llegaban a su oído en poder de místico coro religioso.

¡Vida ruda aquélla! Mas, el hombre y la mujer en empresa de hogar, sabían para sí solos y para sus intimidades dónde la felicidad apretaba las almas con más firme, segura y transparente mano.

De eso, después de la paralización de la *oficina* y a la

postre de viajes en trenes y barcos de mala muerte, no quedaba más que esto: las camas, jergones más bien; los trastos, los cuadros, el retrato: resabio de un tiempo mejor que ya tenía para ella condición de reliquia, y quedaban, además, los hijos.

Mosqueado y todo, el vidrio del retrato, poseía carácter de espejo; y al mirarlo de soslayo, podía verse bien, reflejaba entre los semblantes de ambos esposos, la tétrica vela; y, luego, la propia cara de la mujer, encerrada en revueltos y violentos cabellos y parte de su cuerpo, en sombras, y, por último, un trozo de lecho y el brillo amarilloso de algunas perillas.

* * *

GABRIELA sollozó hondamente. Sollozo grueso, gordo, duro, que rebotó contra el cartón que reemplazaba el vidrio de un tragaluz.

Nada más que el contenido de este cuarto poseía ella ahora. Y sus recuerdos. En cuanto al esposo, meses hacía que, intempestivamente, la había abandonado. Nunca pensó la mujer que este puerto, tan lejano de sus tierras y tan querido desde que lo avistó, apostada en la borda del barco, aquella mañana en que llegaron del norte, iba a ser la cuna de su desdicha.

* * *

RECIEN AYER, después de muchas semanas, y viniendo de dejar un lavado en el "plan", Gabriela avistó al esposo: —¡Felipe! . . . ¿Tú? . . .

El regocijo le fluyó de cada poro, irrefrenable.

Rejuveneció, de súbito. Sus ojos se alucinaron. Una humedad cálida y no salobre sino azucarada, profundamente azucarada, le afloró a las pestañas. Casi se precipitó, de un tropezón, a la acera escalonada y zigzagueante de la estrecha calleja en pendiente.

—¡Felipe! . . . ¡M'hijito! . . .

Y se hubiera colgado, como una niña, de su cuello robusto, como lo hacía antes, en el cuartucho del campamento salitrero o en los primeros días de horrenda miseria vividos en el puerto.

Palpitaba entera, como una dulce paloma pichona, que manos de niño hubieran aprisionado.

—¡Negral . . . —dijo él, más por pupilas que por labios.

Y se tomaron las manos, largamente. Y eso bastó por ahora a ella.

Ese calor tan de su hombre la reconfortaba. Sintió que renacía. Pudo haber sido en estos momentos un rosal en plena entrega de sus más vírgenes y tersas rosas.

Y le hubiera mordido la nariz al esposo, la nariz o la oreja, como ella estaba indistintamente habituada a hacerlo, sin dañarlo, hasta que él chillara con ronca ternura, como en tales circunstancias siempre lo hizo: “*¡Déjate, déjate, perra, perra braval*”

Tenía él un modo sutil y único de decirle: “*Perra*” a la mujer. Ella adoraba más que nunca esa voz cuando la llamaba así: “*¡Perral*”, con todas sus letras, pero con qué musicalidad y armonía de voz; con qué calor íntimo de alma; con qué profundidad pura; con qué afecto sólido, macizo . . .

—¡Negral . . .

El hombre dijo así, una vez más, vacilando. Y le apretó luego las manos. Y Gabriela hubiera optado porque le dijera: “*¡Perral*” “*¡Perral*”, hasta que se agotaran las sílabas y los sonidos y que ella sintiera que la voz del hombre se hincara, desfalleciente, en lo más hondo de su ser espiritual, como hincándose en una fecunda tierra de adormilada eternidad.

Permanecieron sin hablarse algunos segundos, mirándose solamente.

Ambos, en los pocos meses de ausencia, se habían avejentado. Ella, hasta había perdido dos dientes. Persistía, sí, aún, su belleza de moza, a pesar de la angulosidad de sus rasgos. Y ahora que ella se sentía feliz, ahora que la emoción le comunicaba colores de fruta bien sazónada a sus mejillas, su antiguo prestigio de mujer bonita se recobraba, pese a las crenchas que le caían sobre la prematura arruga de la frente, pese al doloroso e hilachento descuido de las vestiduras.

—¡Felipe! . . . ¡No sabes cuánto me alegra vertel
¡Si pudieras darte cuenta! . . .

Y le reptaron por las mejillas dos gruesos lagrimones, como dos extraviadas estrellas. Sus ojos brillaban lo mismo que los de una chica ante la primera muñeca. Bajó los párpados. Tiró, al desgaire, peldaños abajo, un trozo de cáscara de naranja con que dió la punta de una de sus chancletas. El hombre no atinaba ahora a hablar palabra. De hacerlo antes que la mujer, hubiera sido para requerir perdón frente a sus lágrimas, ante ese brillo alucinado de pupilas oculto por los párpados bajos. No podría decirse si su gesto fuese de temor, de vergüenza o de molestia. Sus labios temblaban imperceptiblemente. Carraspeó, tapándose la boca como generalmente se hace en circunstancias difíciles. Subió nerviosamente un pie al escalón siguiente, y así, contrariando su especie de apronte a ascender, buscó apoyo en la muralla, tal si se rascase contra ella.

El mar, abajo, palpitaba, más allá del tejado de los edificios del plan. Llegaba hasta arriba un rumor profundo de aguas: aguas salobres y yodadas y aguas humanas, concentrando pasiones, ajetreos de alma, altibajos de corazón, luchas, angustias, ternuras, egoísmos.

Un barco gordiflón entraba lentamente al puerto. Hirió un ala de viento el graznido de una gaviota. Tras los techos rojos, humeaban las chimeneas de unos remolcadores. Balanceábanse a flote como pesadas masas de gelatina, panzudas barcasas y viejos lanchones. Un tren que salía de la estación porteña, lanzó un pitazo que fué a rebotar contra los últimos cerros y tardó luengamente en perecer, desgarrándose entre los rebujales de unas quebradas.

—¿Sabes? . . . —habló al fin Gabriela, como enagenada, golpeando, sin darse cuenta de ello, el borde de un escalón con un pie, en tanto el barco que llegaba dejaba escapar la tristeza de un sirenado ondulante, más melancólico que el alma misma del genio del otoño—. ¿Sabes, Felipe? —siguió ella,

mirando a los ojos al hombre—. Poquitos días que nació mi otra guagua . . .

Y le miraba, con una largueza de ojos que daba para meditar en no se sabe qué cosas amargamente inasibles.

—¿Mi otra guagua? . . . ¡Gabriela!

—¿Te extrañas, Felipe? . . . ¡Tonto! . . . ¡Si estaba de dos meses ya cuando te fuiste!

—¡Créeme, Gabriela, Negra, créeme! . . . ¡Me había olvidado! ¡Yo he estado loco, según creo! . . .

—Seguramente, m'hijo. ¡Si no, no te hubieras ido! . . . ¡Dejarme a mí, dejarme a mí, con lo que te he querido!

Sonrió ella tristemente, con sonrisa de niño convalesciente, a la zaga del reproche tan sereno. Y se sorbió. Mordióse un labio para no soltar el llanto.

—¿Y qué fué la guagua, Negra? ¿Sería hombre también?

—¡Hombrecito fué, Felipe! ¡Podrías irlo a conocer!

—¡Te digo que he estado como loco, Gabriela! Ahora, después de todo no tendría cara! . . . ¡Comprendel! . . . —dijo y rogó él francamente confundido, avergonzado.

—¡Es tu hijo! ¡Es tu hijo, Negro! —habló persuasivamente ella. Y luego, conteniendo el aliento y las palabras:— ¡Es tu hijo, como yo soy tu mujer, y tus demás hijos son tus hijos, y tu casa es la misma casa de siempre! —dijo, cogiendo por una manga al esposo.

Recién, al rozar el borde de la manga, se percató ella de que estaba toda gastada, grasosa y deshilachada.

—¡Mi casa, mis hijos, mi mujer! —murmuró él, como un eco que tuviera moribundas resonancias salobres y amargas, en tanto ella constaba, casi a desorbitados ojos, el descuido con que vestía el hombre.

Y: —No te cuidan, parece, Felipe. —se atrevió a decir ella, con pena, sufriendo crudamente, de tal modo que el alma le fué como un cielo nocturno sin estrellas.

El le clavó los ojos. ¡Largueza densa de sus miradas! Había como una angustia de siglos en aquellas pupilas que

ella tanto amaba aún. Los carbones que él guardaba allí no encendieron como otrora. Fué como si no pudieran encender. Como si ya fuesen cenizas desde hacía infinito tiempo.

—¡Sí!, —habló con desencanto, lo mismo que si rumiara algún despecho o como si retuviese por orgullo un suspiro o un sollozo—. ¡Sí, tienes razón, acaso no me cuiden!

Y apretó los puños.

De nuevo, con una tristeza y una melancolía de despedida sin regreso, sireneó el barco recién llegado, anclando quizá en la rada. De abajo, los rumores no cesaban de ascender: rumores de aguas de mar, con lamentos de algas y gemidos de peces; y rumores de aguas humanas, desbordantes de pasiones reprimidas y de ternuras desaladas. Bocineaban los automóviles. Mordían los rieles los tranvías, rechinando. Cerca, chirriaban los cables desengrasados de un ascensor.

La calleja casi desierta comenzó a poblarse de chiquillos inquietos y bulliciosos: era la hora de salida del colegio inmediato. El cielo, brumoso hasta ahora, comenzó a despejarse por encima del Cerro Barón. Un azul pristino, transparente, tenuemente dorado, desplegaba alas, como una gran gaviota divina, enseñoreándose sobre los rancheríos de tejados herrumbrosos.

Felipe, la cabeza gacha, pestañeaba y se mordía. Con el pestañeo, parecía querer retener las lágrimas que pugnaban por escapársele. Con la mordedura de labios, era como si intentara triturar un viejo, arrugado y polvoriento sollozo por largo tiempo retenido en su pecho y que ahora reclamaba en definitiva su libertad.

Gabriela, le miraba así, tan triste, tan dolorido, tan fuera de la condición en que le conoció y le trató e intimó con él. Le veía ella, así, de tal modo, que se desconcertaba, pues sentía quererle más y, por lo tanto, se angustiaba más. Era una angustia crispada, en espiral, como un tirabuzón, penetrando sin descanso en la carnadura de su espíritu. Una angustia de la que tal vez hubiese descansado de poder

besar ese querido rostro de varón.

Pero, no. No podía ser.

Cierto que no era orgullo el que le impedía apropiarse momentáneamente, a fuerza de besos, de aquel rostro, y luego de humedecerlo a besos, apegarlo a su pecho, como a un refugio para que encontrara, en el mismo lugar en que ella había amamantado a sus hijos, un cálido instante de paz. No era tampoco prejuicio. Era más bien una sensación de distancia, esa sensación pegajosa y acre que la partida, que el abandono de él, creó entre ambos. En verdad, debería ser él quien la acogiera a ella. Y la resarciera de súbito de tanta angustia pasada y presente. Además, si ella animaba la iniciativa, acaso él la rechazara. En consecuencia, era el temor el que la retenía, el que la amarraba a sí misma; el temor al sufrimiento de sentirse rechazada, el temor a la humillación que ello pudiera implicar, si sus presunciones se verificasen en realidad.

—¡Te repito, Felipe! —exclamó ella, después del largo y hermético silencio, y deseando descargar de una vez por todas el llanto que le quemaba y le sollamaba el alma—. ¡Te lo repito, tus hijos son tus hijos, tu casa es tu casa, y yo, tu mujer!

Y casi pierde el tino y encamina la diestra hasta el peludo rostro del esposo.

El, se rehizo. Carraspeó. Había conseguido vencerse. Y ni sollozos ni lágrimas soltaron sus sentimientos.

Dijo:

—¡Sí, Gabriela, sí! ¡Iré, iré! —apenas, roncamente como si se estuviese ahogando o temiera que la mujer oyera la promesa.

Y alzó los ojos. Y sonrió. Y pestañeó, pestañeó igual que cuando en el pasado se sorprendió de alguna actitud tierna ante la mujer.

El gozo le ampuló de tal manera el tórax a ella que sintió cómo la leche de los pechos se le agolpaba en los pezones. Brillaron en forma extraña sus pupilas. Se sintió esplendorosa, maravillada, liviana, bella, como en el día feliz de sus nupcias.

—¿De veras, Negro, irás? —le requirió, anhelante ostentando el alma a bordo de labios, como una flor de naranjo, como un infinito azahar.

—¡Sí, iré, ñata! —repuso él, con energía promisor.

Y ella, sintiendo como si con ese “ñata” él hubiera dicho: “¡Perra!” “¡Mi querida Perra!”

—¿Cuándo, m’hijo? ¿Cuándo? —interrogó, apurando, pávida, la voz, en el presentimiento dulce de la recuperación de su felicidad.

—¡Esta noche!

Se estuvieron otro instante en silencio, como sopesándose los espíritus mutuamente. Y en seguida, como ofrenda cordial, como ofrenda única después de los buenos tiempos pasados juntos y a la zaga de los meses de ausencia, ella habló, temblorosamente, con palabras humedecidas en los densos mares de su alma, con voz alumbrada por las más brillantes y más infinitas constelaciones de su emoción:

—¡Sí, anda, anda! ¡Te esperaré con café!

Era lo único que podía ofrecerle, tremolando ya ante la idea de tenerlo pronto y en realidad junto a sí, e imaginándose en regodeo, ligada a su calor.

—¡Te esperaré con café! ¡Te esperaré con café!

Y mientras repetía el cordial ofrecimiento de los pobres, apretaba la mano grandota del hombre, que ya se avergonzaba de la promesa que, acaso, no iba a poder cumplir.

* * *

ABAJO, EL RUMOR de las aguas era más hondo. La limpidez del cielo, sobre el Barón, más firme y cierta. Los ojos de Gabriela eran pequeños para contener tanta ternura. Lejos, en lontananza, sobre el mar, las brumas se evadían replegándose hacia lo alto.

Y ellos se despidieron. El sintiendo que se encanallecía día a día, más ahora. Y ella sabiéndose emperatriz de un nuevo mundo en su corazón.

Así, feliz, lo mismo que si se despabilara de un sueño

celestial y encontrara que la realidad lo superaba, le vió ascender, le vió a su hombre ascender cerro arriba delante de ella, hasta que se perdió en un recodo.

—¡Mi Negro! . . . —pronunció quedita, para ella misma, entrañablemente para ella misma.

Y el eco soledoso y anónimo de su voz despaciosa, llegó trémulamente a los linderos más lejanos de sus vastos territorios de pecho adentro. ¡Mundo grandioso el que giraba en su torno! Mundo que naturalmente impedía ver cómo esa manada hediente de cerdos osaba entre los desperdicios de un talud.

Y ASI, FELIZ, tejió en la tarde. Y lavó. Y cantó. ¡Qué no hizo! Pero, por sobre todo, Gabriela cantó. Desde su terrezuela de patio, que se precipitaba más allá de un cierre de latas viejas y de alambres mohosos, a una quebrada de la que colgaban sórdidos ranchos, su voz se distendió, como allá en la inmensidad de la Pampa, cobrando cuerpo de sugerentes musicalidades en el aire:

*“Pa’ qué silbarán los tordos
en medio del patagual,
pa’ qué cantará el estero,
pa’ qué trinará el zorzal . . .”*

El sol brillaba entero, ahora, con brillos acordes a los acordes de su corazón. Ni una nube en los predios extensos y azulencos de Dios. Picoteaban por allí unos polluelos, piando, reclamando, por maña y regalía, el ala de la madre cloqueante. Verdeaban ya unos sembríos de frejoles, estriados los surcos escalonados, junto a los basurales de un talud inmediato. Se oían gritos prolongados de chiquillos, de los zarrapastrosos chiquillos que jugaban en las laderas. Desde lo alto de los cerros se acercaba una fragancia saludable de eucalipto.

*“Pa’ qué va a rayar el alba,
pa’ qué va a salir el sol;
cuando pa’ mí to’o es noche
d’el día que me dejó . . .”*

El canto dulce de Gabriela, el dulce y nostálgico canto, se abrazaba al canto aurífero del sol y al canto salobre y yodado del mar, del vasto, limpio y sereno mar.

HABIA SIDO UNA noche de amargura, de sobresaltos y de oscuros sentimientos humedecidos por lágrimas trituradas a recio diente de corazón.

Si la guagua lloraba, le daba uno de los grandes pechos siempre grávidos, rebalsantes. Y gozaba, y era como si se humedecieran sus labios de gozo dándole su leche al hijo, porque era tan dulce que el pequeño le chupara el pecho. Se estremecía. Y, de súbito, era como si manos de hombre, manos de hombre querido, grandotas, rudas, pero suaves en la caricia buscasen el contacto de su cuerpo. Y sufría, porque ello era mentira. Miraba aquel viejo retrato de vidrio mosqueado. Y los sollozos le brotaban ampulosos, fofos, blanduchos como callampas frescas. Y sufría, sufría, sufría negramente, espesamente, apretadamente.

Y si estaba a punto de dormirse, como por piedad divina, era un gato amoroso el que golpeaba los latones del tejado, maullando tenebrosamente. Entonces, seres de aquelarre le llenaban los ojos en medio de la sólida y densa obscuridad. Y encendía la vela. Esa vela chata, chorreada, que semejaba una tenebrosa columna a cuyos flancos hubiera acudido en trance de plegaria un grupo de ánimas de trasgos.

Luego, apagaba la luz vacilante y temerosa. Y entonces era el viento iracundo de la noche melenuda y revuelta el que se allegaba a los bordes de los latones para rebramar allí, violentamente, con roncas voces de anciano cómitre.

O eran los otros dos hijos los que se revolvían en el lecho, inquietos, rascándose entre dormidos las picadas de las pulgas o deseando por instinto confundirse para mejor resistir los golpes del hielo.

El mar cantaba a lo lejos, audazmente, rudamente, infinitamente. Y ella, Gabriela, pensaba en sus hijos, sufriendo

con un sufrimiento sin bordas ni pircas ni fronteras, ilimitadamente. Pensaba en sus hijos, sin padre ya, inocentes, acurrucados como perros, apretándose el uno contra el otro, confundándose, peludos de frío, picados de bichos, temblando. Y pensaba en la Pampa, en su Pampa, y en sus días felices; en sus días de lucha, pero felices. Y también, Gabriela pensaba en el café, en el líquido negro que se enfrió allí, sobre el rescoldo del brasero, esperando una garganta de hombre que lo bebiera; y en el organismo que lo sintiera, luego, corriendo por sus venas, junto a los apretados tumultos de la sangre.

No. Todo era negrura y espesas marañas de angustias.

* * *

EL MAR CANTABA. Fué una noche de amarguras, de sobresaltos y de oscuros sentimientos humedecidos por lágrimas trituradas a recio diente de corazón.

Pero llegó el alba. La verdad es que siempre llega un alba. Y las primeras luces, al filo del canto de los gallos que saltaba de patio en patio, de quebrada en quebrada, de cerro en cerro; y al filo del aullido de perros, se escurrieron suavemente al cuarto de Gabriela por los resquicios de las dos puertas y de la única ventana. Eran luces un poco flojas, grises, sin brillos, como pelaje de ratón de emporio. El mar cantaba a esta hora bravamente, alzándose contra la costa, como un gran lagarto intrépido que ansiara cazar águilas.

Gabriela, cansada de tanta angustia, agobiada por tanto peso de sentimientos oscuros, se dispuso ya a esta hora al trabajo.

El día, indeciso aún, se ofrecía amenazante. Y se oyó, primero, trajar a la mujer a pie descalzo. Luego, puestas las desmedradas medias recogidas a mitad de pantorilla, ella salió al patezuelo. Miró hacia el mar. La gente de tierra adentro que se aquerencia con las salobres aguas del océano, le rendirá a cada instante, por instinto, una plegaria a su grandeza, mediante un musitar dicho a pupilas.

Obesas nubes negruscas era como si fueran rozando las aguas de azogue zorrastrón. Hacía un frío intenso, picante, frío de ortiga o de esencia de ají. Pero Gabriela, después de encender su cocina y recogerse el pelo abundoso en la nuca, comenzó su tarea de lavado. Se sorbía a ratos, porque, claro, hacía frío, y el frío encarruja la epidermis y obliga a sorberse, a cada momento. La cafetera que recién trasladara desde el brasero del cuarto miserable a la cocina, le trajo agrias pesadumbres. Sufría. Pero era un sufrimiento el suyo que iba dando cabida al odio.

Ella no lo hubiera creído nunca. La verdad era que Felipe se había portado como un canalla. Gabriela, acogedora, bondadosa y comprensiva por naturaleza, nunca tentó hacer nada en contra suya ni en contra de su nueva compañera. Y en realidad, pudo haberlo hecho, puesto que no había faltado quien le indicara el domicilio clandestino. Y en muchas ocasiones estuvo en vías de hacer más de algo por recuperar sus derechos de esposa. Luchó mucho. Entonces, sinceramente, era incapaz de albergar rencor en su pecho. No conocía el odio. Siempre pensó que el esposo regresaría por disposición natural al hogar.

Pero ahora, después de lo de ayer, no.

Rumió todo el día la rabia impetuosa que se levantaba con bravata de mar en los abismos de su existencia. Rabia de cielo huracanado que le velaba todas las estrellas de la ternura. Masticó, rumió esta rabia mientras estrujaba sus trapos. Y la siguió masticando y rumiando como un bocado inasimilable, como un mendrugo de coca, durante toda la mañana, a mediodía, en la tarde. Todo el día . . . * * *

PRECISAMENTE A LA HORA en que se dispuso a ir en busca de Felipe, comenzó a llover. Fué una lluvia que, de leve, se tornó, paulatinamente, gruesa y violenta, pateadora, como una potranca salvaje, de crines tiesas y aguijoneantes. Encargó sus chicos a una vecina, como siempre hacen las mujeres pobres cuando salen, y endilgó a la calle.

ANOCHECIA CUANDO sendereó por el costado de una quebrada para alcanzar el puente endeblucho que le permitiera atravesar hasta el cerro vecino. Se encendían las luces en el maravilloso anfiteatro del puerto. Y era un exotismo de luciérnagas el que aleteaba a lo lejos, en derredor, a través de las rejas vibrantes del agua. Llovía con ese ímpetu que sólo en Valparaíso se conoce. Verdeaban aún tenebrosamente los pastos en las sombras de las laderas. Y roncaban los pequeños torrentes buscando cauces por los taludes donde los ranchos se aferraban ateridos con esa fuerza de garra imbatible que da la miseria.

El mar no se veía. Pero se sentía entre el sonoro y ronco tambor de la lluvia y los golpes filosos del ventarrón, el quejido lastimero, soterrado y melancólico de la Boya del Toro, alargándose por los ámbitos, como un himno de angustia nunca sentida. El alma de los navegantes muertos encontraba ruta anchurosa para sus voces en los terreros lamentos venidos como del corazón cósmico del mar o la tormenta.

Chapaleando en las pozas y en el barro gredoso, chorreando agua por todas las ropas, Gabriela dió luego con el callejón que habría de llevarla a su destino. Mordía la ira y amasaba palabras con que atacar, en seguida, a quienes en estos momentos sentía sinceramente y de todo corazón como sus enemigos. Acaso porque nunca lo pensó seriamente, era que hasta ahora no había supuesto cuánto albur de odio y de anhelos de violencia puede contener el sentimiento humano.

Por allí cerca aulló un perro. Y ella sintió que el alma le temblaba y se le erizaba como los propios poros de su cuerpo aterido, tembleque. Un frío enorme, frío como fantasma de anchas alas de hielo, la cubría. Las crenchas se le pegaban a la frente, a las orejas, al cuello. Debió de caérsele alguna horquilla puesto que ella sintió que un haz de pelo le rodaba hacia la espalda.

Golpeó en varias puertas infructuosamente. Rostros magros, esmirriados, canosos. Voces como de guitarras rotas,

temblonas, tímidas, huecas. Palabras desvencijadas, pegajosas. Y la lluvia, cae que te cae. Y el viento. Y el himno de muerte de los navegantes.

Una puerta. Y otra. Y otra . . .

—¡Chas! . . . ¡Chas . . . chas! . . . hacían el barro y el agua bajo las chancletas empapadas de Gabriela.

Otra puerta. Ahora una ventana de postigos abiertos. Y el frío que no dejaba quieto el cuerpo. Los vidrios estaban empañados: por dentro, de vapor de respiraciones; y, por fuera, de inquieto llanto o sudor de lluvia.

Pero, a través de la doble empañadura y de la mugre de insectos, Gabriela distinguió bien las cuatro velas, velas chatas también como la de su casa, y chorreadas, circuídas sí, de rayos de plata, como bujías de milagro. Al centro, un ataúd. Algunas coronas. Flores a medio secar. Sollozos. Llanto de guagua.

Gabriela sentía que una fuerza desmelenada la empujaba a huir. Se hubiera quejado de improviso como una bestia herida. Tan trágico sentía que era aquel cuadro. ¡Y esos sollozos de perro poseído por fantasmas! Retiró el rostro de la ventana. Cobraba ánimos para irse. No había golpeado. Pero de adentro la habían visto o la habían sentido o presentido tal vez, ya que crujió tenebrosamente la puerta apolillada al abrirse.

—¿Desea algo, señora?

Mas, ¿por qué esa voz? Ella tembló. No de frío. No. No era de frío que temblaba. Era de temor, tal vez. Hubiera lanzado ahora ese quejido de bestia herida que se desplazaba hacia el rincón más oculto de su pecho.

—¡Felipe! . . . —dijo apenas, como en susurro de aura sujeta entre espinos.

—¿Pero, tú, tú, mujer? . . . ¿Tú?

Voz salitrosa, legamosa, abandonada y quieta como mar que se secara.

Y Felipe lanzó otro sollozo, pues era él quien estaba

sollozando adentro. Y era él quien había abierto y salido a la puerta.

—¡Felipe! . . . —exclamó ella ahora, con voz entera.

Y sentía ya cómo la rabia y los odios, en presentimiento de todo, comenzaban a aligerarle el alma.

—¡Entra, mujer, entra! —rogó él. —¡Pasa!

—¡No! . . . —se resistió, horrorizada, aterrada, asediada de repente por un mezquino e increíble arranque de pudor.

—¡No, no, m'hijo!

Sin embargo, al decir esto, ya traspasaba el vano de la puerta, impulsada, en seguida de sus palabras, por un sentimiento puro y potente de comprensión.

La pieza, sórdida en cada espacio de su dominio, estaba pasada de olor a sebo derritiéndose y a flores marchitas. Había también olor a resina de las ramas de pino con que estaban hechas algunas coronas. Felipe, a los pies del ataúd, era imposible que venciera los sollozos. Gabriela, recién cerrada la puerta, se quedó extática como un ser extraño, bovina, seca, enajenada. En un rincón, una anciana, lagrimeando y como hipando, se esmeraba en hacer callar a una guagua, meciéndola, sentada en una silleta de paja.

Recién habló Felipe:

—¡Qué te parece! ¡Mira lo que ha pasado . . . mira, Gabriela! . . . —pronunció entrecortadamente. —¡Tuvo a la guagua y se murió! . . . ¡No pudo más!

Y era como si crujieran sus huesos. Suspiró y mordió el pañuelo que tenía en la diestra. Su mujer le miró sin compasión y sin odio ya. Había una apostura de grandeza y de pureza en todo él, hasta en su llanto, que no le odiaba, que sólo le quería y le amaba igual que antes. Y de nuevo quiso avalanzarse hacia él y besarle el rostro, la boca, el cuello, hundir sus labios en medio de esos pelos que le negreaban la faz.

De improviso, fué como si el llanto de la guagua la despertara de un sueño. Por instinto fué hacia allá. La

anciana, lagrimeando y teniendo en su falda a la pequeña, se empeñaba impaciente en vaciar en su hociquillo una cucharadita de agua de apio. Sorbía, y se diría que en su nerviosidad, trituraba una plegaria a seca garganta.

—¡Démela! —solicitó Gabriela, despacito, simplemente.
—¡Démela! . . . —repitió.

La miró la anciana sin extrañeza, con eternos ojos de madre, ojos lo mismo que los de ella, sólo que un poco entelados por los años. Le cedió la silleta. Gabriela se sentó. Y seguidamente, con la pequeña llorona en la falda, echó al aire uno de los sabrosos, grandotes y brunos pechos. Algo habló a la guagua al darle el pezón. Y se sintió el ávido chupar, entre rezonguillos que alcanzaban los tramos del lloriqueo, cuando la mama se le escapaba.

Un olor dulce a leche, es decir, un olor a vida, venció de pronto el olor a sebo de las velas o el de las flores, de la resina o el de la humedad tibia que exhalaban las ropas de Gabriela. El gozo la hacía temblar a ella —el gozo, no el frío—, mientras la pequeña succionaba y la leche aflucía de su cuerpo de hembra para llenarle la rosada boquilla infante.

Hacia atrás, desde el corazón del hombre, la música leve de unos sollozos y unos suspiros.

Luego, unos rezos rumoreados por la anciana, pávidamente. Nada más. No había palabras. Acaso hubieran sido demasiado pequeñas en medio de la inmensidad de los sentimientos. Una lágrima, sí, una lágrima gruesa, caliente y del más puro cristal humano, fué a golpear una de las mejillas de la pequeñuela.

Y fué la lágrima como el primer beso de madre de que ella disfrutara.

El agua, entretanto, había parado su ajeteo sobre el mar infinito y los cerros. Alas de viento traían hacia las lomas pobladas de ranchos y eucaliptos, la sonata brava y cósmica del mar: sinfonía de luz para esa otra luz de la congoja y la ternura.



Extramuros

EL GRAN FONDO en que sólo horas antes rebullera el alquitrán líquido, era como un negro animal dormido.

Junto a él, formando medio círculo, los hombres estaban silenciosos, oprimidos por un silencio hermético y trágico de galeotes muertos. El ronquido del gato que los acompañaba sembraba un lejano y extraño reloj, golpeando la historia sórdida de esas vidas, detenidas allí por unos cuantos instantes.

Habían llegado uno tras otro: el cojo primero, moviendo los labios atropados, horriblemente comidos por las pústulas; y despertando los pedruscos, con el golpe seco y monocorde de su derrengada muleta. La espesa neblina le aliviaba, con su humedad, el ardor de los pequeños ojos, perennemente legañosos. Pero, tiritaba, como un perro acosado por los corvos del frío.

“Qué hacerle.”

Se sentó junto al fondo. Removió la ceniza. Y cerca de su único pie descalzo, cubierto de costras, el rescoldo abrió los ojos maravillosamente fraternales. Se frotó las manos sobre aquellas cordiales pupilas que tan afectuosamente le miraban de entre la ceniza.

“¡Qué rico calor!”

—¡Afff! . . . ¡Afff! . . .

Después se puso a tararear una tonada. El gato escúalido, que llegaba, maullando lastimeramente, le interrumpió.

—¡Ea! . . . Un compañero . . . —murmuró, cuando el animalucho se hubo recostado encima de la ceniza, cerca suyo.

En la obscuridad, las verdes pupilas del animal clamaban por un poco de piedad materializada en algún pequeño bocado qué comer.

El cojo le miró un rato, casi inconscientemente.

"*Tenemos hambre.*"

Y volvió a la tonadilla.

Pero, hubo también de cortarla. El viejo se acercaba, arrastrando los zapatos mojados, que no le iban a la zaga en decrepitud. Era lampiño y tuerto. Y temblaba como una rama maltratada por el viento. Se sentó entre el gato y el cojo, tosiendo y carraspeando ferozmente. Luego, echó su único ojo sobre el muchacho de la muleta.

—¡Diablo con el frío, *cumpa* . . . ! —expresó con lentitud, como si saboreara sus propias palabras, a manera de tardío saludo.

Tenía una voz aflautada, como de niño ligeramente ronco.

—¡Sí! . . . ¡Diablo con el frío! . . . —repitió ásperamente el lisiado.

El viejo avivó el rescoldo. Se frotó las manos. Vestía, apenas, un pantalón y un paletó reducidos a parches y a rasgones cocidos con cáñamo, al desgaire. Al tenue resplandor del rescoldo le negreaba el pecho, abrigado por los pelos espesos. Blancas crenchas escapábansele de bajo el sombrero, nevándole desordenadamente las orejas.

—¡Yo entumío y muerto de hambre por estas calles de Dios! . . . —dijo—, ¡Y pensar que tengo una hija rica! . . .

Esto bien podía ser cierto. Bien una mentira. De todos modos, el cojo enarboló la atención.

—¿Una hija rica? —indagó, presto, ávido.

—Sí . . . —suspiró desganadamente el viejo—. Su marío es banquero . . .

El de la muleta devoraba al veterano con los ojillos supurosos.

—¿Banquero?

—¡Sí, ooh! . . . ¡Hace bancas de mimbre! . . . Ja, ja, ja . . . Estoy mintiendo por que sí . . . Ja, ja, ja.

Las carcajadas del viejo semejaban, en la noche, sonos

de matracas cansadas.

—Ja, ja ja . . .

—Bonito cuento, ¡viejito del diablo! . . .

El cojo pestañeaba, indignado. Los ojos le ardieron, de pronto, como si le hubieran lanzado arena. La rabia le fué como un roedor obstinado en el pecho.

“Venir con ese cuento.”

El silencio calzaba entre ellos sus muelles zapatos de seda, cuando llegó aquel jovencito de traje tan pulcro. Tiritaba lo mismo que un gorrión atemorizado y revolvía las manos en los bolsillos del paletó. Estuvo un rato de pie, haciendo bailar una pierna sobre el taco, nerviosa e inconscientemente. El cojo y el viejo le observaban sin inmutarse. El joven esperó que le ofrecieran un lugar. Pero, como esto no ocurrió:

—Permiso, señores . . . —dijo con cortesía exagerada.

Su voz se deslizó, saturada de timidez. Hubiérase dicho la voz de un muchacho recién reprendido por el profesor.

El cojo se sintió halagado por aquel “señores”. Y se acomodó vanidosamente el cuello de la grasienta chaqueta.

—Cuidado con la ceniza . . . —advirtió el viejo al muchacho—. Siéntese más atrás.

—Es igual —habló el recién llegado—. Con el frío que hace se está mejor aquí.

Era casi un niño. Se quedó sentado allí, comiéndose las uñas. En su cabeza volteaba una pesada bruma de pensamientos.

El viejo atizó una vez más el rescoldo. *“Habrá huido de la casa,”* pensó con respecto del muchacho, dando tarea a su único ojo para tratar de identificarlo en medio de la obscuridad.

La noche se apretaba más y más de niebla. El gato roncaba plácidamente, feliz habitante en el paraíso del sueño. Gruesas gotas de agua rodaban por los costados del fondo. Y más de alguna gemía hondamente al evaporarse sobre el rescoldo.

"Pfff, pfff."

Las partículas de ceniza se aventuraban en breves incursiones aéreas. Al fondo de la calle, la luz de un farol luchaba cuerpo a cuerpo con la neblina. Por todas partes, el frío finteaba con sus agudos puñales, alardeando, ágilmente.

Contra el farol en lucha, se recortó una sombra. Se allegó al grupo.

—Buena noche . . .

Y se sentó, despertando al gato con un pie, sin darse cuenta.

— . . . ñau . . . —protestó el animal.

Y se alumbraron de hambre sus pupilas verdosas, apagándose en seguida. El sueño, grave necesidad, doblegaba a otra augusta necesidad.

El que acababa de llegar poseía una cabellera robusta y una barba de quince días. El brazo derecho le saltaba lo mismo que una liebre recién encarcelada.

Hacía mucho tiempo que la parálisis le mordía los nervios. Miró a todos, sin distinguir el rostro de nadie. Le molestaba la presencia de toda esa gente. Tuvo ganas de castigar deliberadamente al gato. Se revolvió un bolsillo. Extrajo un cigarillo arrugado. Le mordió los extremos inservibles. *"El rescoldo es un gran fósforo."* Suspiró al aspirar la primera bocanada de humo. *"Sí, un buen fósforo para encender suavemente el calor en las piernas de los mendigos y los vagabundos."*

El fondo era ante ellos como un gran animal dormido.

Aquel farol luchaba valientemente, heroicamente, con la neblina.

"Pfff, pfff."

Las gotas de niebla condensada gemían, evaporándose, de cuando en cuando. Y brincaban, dotadas de alas, las partículas de ceniza.

Otras noches, seguramente, ha rodeado el fondo la cuadrilla de obreros asfaltadores. Hubo, sin duda, aquí,

risotadas y palabras jocundas. Alientos alcohólicos. Rostros crudamente rojos a la lumbre del fuego crepitante. Bigotes lacios, libidinosos, cayendo sobre los labios rientes, después del chiste obsceno o la voz escabrosa y procaz. Allí, el trago de aguardiente. Acá, el tacho de la *choca*, renegrido por el humo, quemando con su contenido más de algún gaznate ávido. Y, sobre todo, el hálito atosigante, y, sin embargo, agradable, tónico, del alquitrán en ebullición. ¡Y la fragancia de los troncos de eucalipto que se doblegan enteros entre las muelas de las llamas!

El que acababa de llegar pensaba en todo esto. Y, de improviso, remecido por un escalofrío, tiró el pucho y maldijo a la vida en alta voz:

—¡Perra maldita!

Un suspiro se volcó de su pecho. Y rió como un enajenado. Los compañeros le observaban a través de las sombras con una curiosidad encinta de temor. Los ojillos le brillaban en la obscuridad.

—¿Qué le pasa? ¿De qué perra habla? —adelantó la voz de cojo.

—¡Bah! ¡Me había dormido! Soñaba, tal vez . . .

Y saltó el viejo con voz cautelosa, áspera de ironía:

—¿Soñabas? ¡Mentira! ¿Quieres que te diga . . . ? . . . Yo estuve hace tiempo en la Casa de Orates, ¿sabes? Y antes que me llevaran allá, hablaba y me reía solo. . . ¡Y yo también creía que soñaba! . . .

Rubricó las palabras con una risilla cruel y destemplada. Y, sacando un pedazo de marraqueta de uno de los bolsillos, se puso a roerlo, poniendo a prueba, como era su costumbre, la escasa energía de sus dientes cadavéricos.

El cojo coreó las risillas por cortos instantes.

El duro pedazo de pan crujía entre los malogrados dientes del viejo.

El paralítico, por su parte, no arguyó ni una sola palabra.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Inclinó la cabeza y se frotó los manos entumecidas. El viejo apartó las cenizas de nuevo. Y los ojos cordiales del buen hermano rescoldo se avivaron como los de un chico contento. Sus miradas calentujas se hundían hasta los huesos en las piernas añosamente andariegas del anciano.

"Y yo también creía soñaba" . . .

Rondaban las palabras como abejas furiosas en la nuca del paralítico.

"Y yo también creía que soñaba" . . .

¿Es que, porque se habla o se ríe solo se puede ir a parar a la Casa de Orates?" El trozo de marraqueta cruje, llora entre los raigones del viejo. El gato ronca. *"¡Ah, ¿por qué no golpear al gato?"*

Hundiendo los dedos de su mano sana en la barba de quince días, el hombre deja en el abandono su espíritu. Y una ruta de brumas se abre en su sentimiento. Sus miradas caminan presurosas hacia su propio interior. Y allá, en el confín de su vida, en sus recodos más íntimos, ve a un hombre dormido con un lucero rojo sobre el pecho. Este hombre se levanta, de pronto. Y grita y gesticula ante una multitud que llega. Y habla sabiamente al tumultuoso mundo que le rodea, alzando las manos callosas y las herramientas de trabajo. *¿Será posible? "Y yo también creía que soñaba."*

El cojo se sorbe las narices. Hay un ruido de papel que se arruga. De súbito habla, insolentemente, el viejo:

—¡Qué hubo, ¿no has soñado más?!

—Sí, soñaba contigo . . . Te veía patas arriba, bailando como un mono . . .

El cojo ríe. El veterano tose. Y es como si el tosido le ahogara las palabras, pues, no pronuncia ni una más. En la sombra, se le ve echarse a la boca el último trozo de pan, haciéndolo gemir entre sus raigones.

De repente, el joven se pone a sollozar. La atención de todos se clava en él. El gato alza, también, la cabeza.

Por detrás del viejo, aspirándole el denso olor a sudor, el paralítico habla al joven con afecto.

—¿Qué le pasa?

—Nada . . . Nada . . . No me pasa nada.

Se enjuga los ojos con la manga.

—Cada uno con sus propios problemas . . . —se dice para sí el paralítico, tratando de detener por un instante el movimiento ingobernable de su brazo.

"Nervios del diablo."

El silencio se muerde, pateando en el aire frío. "Pfff." Las gotas de agua gimen. Y a la ceniza le nacen alas. Por allá, a la distancia, como al otro lado de la lejanía, pero distinto y transparente, como purificado por la humedad del aire, suena el pregón chileno de un vendedor nocturno:

—¡Motemei, pelao el mei . . . y calientiiiitool!*

La atmósfera, poblada de agua desmenuzada, sostiene el grito cantado y lánguido, quebrándolo, de súbito, en la nada. ¡Qué obstinación la del farol, luchando contra la neblina!

El viejo escarba otra vez en la ceniza.

—¡Afff! . . .

El cojo golpea el costado del fondo con la muleta, siguiendo un ritmo de cueca.

—¿Querís callarte?

La voz de niño ronco del viejo se hace enérgica.

—Si usted me manda, patrón, cómo no . . . —barbotea el cojo, y se sorbe.

El joven vuelve otra vez a los sollozos. La amargura le gangrena el pecho, las lágrimas golpean la ceniza como dolientes guijarros.

—¿Qué le pasará a la guagua?

—Lo que a ti no te importa, cojo maldito.

La rabia hace temblar las mejillas del viejo.

*Un pregón: "¡Mote de maíz, pelado el maíz—y calientito!"

El frío se ensaña. Y aventura sus cuchillos hasta las vísceras. Los pulmones se contraen y amenazan confundirse con el estómago.

Una luz azul rompe, fugazmente, la niebla: en alguna parte imprecisa trabajan los soldados nocturnos de vías tranviarias. El gato alza la pelada cabeza. Maúlla por un poco de piedad. Se queda pensativo. Escruta las sombras, acaso con la luminosa y extraña esperanza de avistar algún ratón. Después, hundiendo medio hocico en la ceniza, se echa una pata sobre la cabeza, y se entrega a dormitar nuevamente, igual que un niño desilusionado.

El muchacho no da tregua a su llanto. Aprieta los puños. Mueve la cabeza, desesperado. Se come las uñas. Se mesa los cabellos.

El viejo se inquieta de veras.

—¿Qué tiene, joven? —inquieta casi con ternura.

—¡Nada! . . .

—¿Qué le pasa? —interroga, a su vez, el paralítico.

—No es nada . . . No es nada.

Pasa un grupo de borrachos, cantando. Suenan una guitarra y un acordeón horriblemente desafinados. Varias mujeres ríen con enormes carcajadas.

—¡Ea, atorrantes, a farrear!

El cojo lanza un fuerte disparate, en respuesta. Y después, atendiendo al muchacho que llora:

—Tendrá miedo . . . —comenta.

—Lo habrán echado de la casa —arguye el viejo.

Los dientes del muchacho rechinan. Alza los puños. Y de súbito se levanta, como impulsado por una recia ráfaga de terror.

—¡Ah! ¿Quieren saber? ¿Quieren saber? —aúlla, más que grita, desesperadamente—. ¡He matado a un hombre, he matado a un hombre! . . . ¡Con un machete, con un machete, ¿saben?! . . . ¡He matado a un hombre!

Y huye, enloquecido. La densa cortina de niebla se cierra herméticamente tras él, apagando sus gritos desgarradores:

—¡He matado a un hombre! . . . ¡He matado a un hombre!

Allí en donde recién estuvo sentado el precoz criminal, brillan algunas monedas. El cojo las toma con rapidez increíble. El viejo y el paralítico salen recién de su sorpresa.

—¡Ha matado a un hombre! . . . —exclama éste.

—¡Sí, ha matado a un hombre! . . . —subraya aquél.

El cojo muestra las monedas. Y las hace sonar entre sus manos. Risas ásperas, secas, ruines, arrancan de su garganta.

—¡Sinvergüenza, ladrón! —ruge el viejo, devorado por la envidia—. ¡Es plata de criminal! . . .

—Pero también la habrías pescado tú! . . . ¡Toma, toma!

Las monedas brillan en su mano tosca. El viejo se avalanza y tira un manotón al dinero. El cojo lo defiende. Se traman en el suelo mojado. El gato huye. El paralítico siente que un mundo se le viene encima. Su brazo está enloquecido.

—¡Al infierno con éstos! —exclama.

Se pone de pie. Y se deja devorar por la noche, por el frío, por la insaciable niebla.

Y cuando el cojo, con las monedas apretadas aún en la diestra, se alza, entero encenizado, para irse también, se oye al veterano roncar sordamente:

—¡Me clavaste, no más, maldito! . . .

Y se palpa la sangre que corre por su vientre. Su único ojo se cierra. Y siente, con enorme y pávida amargura, cómo la niebla de la noche se le adentra, lentamente, lentamente hasta el corazón, como si saboreara la conquista de su existencia.

El frío echa raíces en su cuerpo esmirriado, precario.

¡Y ya nada puede hacer la bondad fraterna del rescoldo que, sin quien lo avive, oculta ahora las pupilas cordiales bajo sus blancos párpados de ceniza!



Destello en la Bruma

ALUMBRADAS apenas por la luz debilucha de una vela, las dos mujeres conversaban.

"Que la vida estaba tan cara."

"Que el hombre no dejaba de beber."

Y de tantas cosas comunes, pero trascendentales en medio de la realidad de los humanos.

A su alrededor, la sombra dominaba con todo su pelaje suave y misterioso de bestia fabulosa. Y el silencio, al anca de la sombra, manejaba martillos de seda. De lejos, sí, a la entrada del conventillo, como un residuo maravilloso de alguna fiesta lejana, saltaba el chisperío de un brasero —remedio humilde de luces de artificio—, golpeando con sus lamos cobrizos el cuerpo de otra mujer.

La plática no cesaba. Y era como un rosario que corriera por entre los dedos de una amargura sin límites, por las palmas encallecidas de una tremenda realidad sollamada por la angustia.

De pronto, un ruido filoso y seco de pasos, distrajo a las mujeres: un bulto humano, grueso y rechoncho, pasó junto a ellas, bamboleándose, hipando y mascullando palabras insensatas.

Las mujeres comentaron algo acerca de quien acababa de pasar. Movieron la cabeza. Se alisaron las crenchas sebosas caídas sobre la frente. Y no hablaron más. En silencio, comenzaron a echar en un canasto las ropas que, hacía un rato, habían estrujado en la artesa.

Al fondo del conventillo, aquel bulto hipante y gruñón

se detuvo. La cerradura mohosa de una puerta rechinó tercamente al contacto de la llave. Y el bulto —otra mujer— se introdujo a tratabillones en el cuarto. Dentro, sin preocuparse de encender luz, buscó a tientas, bajo su camastro, la bacinica.

Después, el tiesto sonó como una pandereta bajo el chorro de los orines. Se quejó el somier cuando la hembra precipitó su cansancio y su borrachera sobre él. Y el silencio rondó por el cuarto como un ánima inválida. La pocilga olía como a hongos podridos. A ratón. Y el vaho de los orines se levantaba en la obscuridad, espeso de humores alcohólicos.

Pasó un rato largo. De vez en vez, afuera, pasos secos y arrastrados pulían con roces violetos el empedrado. Lejos, cantó un gallo. Y un vendedor de tortillas ajustició la noche con su grito fluctuante.

De repente, alguien se detuvo frente a la puerta. Gimió la cerradura. Y un cuerpo de muchacha se recortó en el umbral contra el patio ancho, inundado por la noche levemente lechosa.

Era Ana que regresaba.

Atrancó la puerta. Y, al encaminarse hacia el velador para encender la vela, tropezó con la bacinica. Rodó el tiesto. Y bulleron los orines al correr sobre el entablado arriscado por el tiempo. El desagrado afiló duras palabras en la garganta de la muchacha.

Una vela gastada, metida en un frasco relleno de papeles, inundó con su trigueña luz la estrecha y maloliente estancia, de murallas requiebrajadas y sin cal, despertando las moscas que dormían aferradas al techo. Junto al velador estaba Ana, mirándose las medias y los decrepitos zapatos, salpicados de orines. La gran mancha líquida, semejava —¡paradoja!— un hallazgo de brillantes piedras preciosas en medio de la sordidez del cuartucho.

Una rabia prieta, monda y acerada, buscó camino en el

pecho de Ana. Unas ansias locas de despedazarlo todo le remecieron el ánimo. Reaccionó luego, sin embargo. Miró al lecho en donde su madre dormía. Se la imaginó orinando, en cuclillas, ridícula, borracha. Tuvo una sensación de asco. Y sonrió leve, amargamente.

La madre se revolvió en la cama. Pero, se aquietó en seguida, roncando, de espaldas, con todo un muslo purulento a la vista.

El ronquido de la mujer dormida exasperó a Ana. ¡Ah, su madre! ¿Es que era ésta su madre? ¡Ah, Dios Santo!

Un mal espíritu, como una rata, le mordía el minúsculo mundo interno. No obstante, se sobrepuso de nuevo. Y estuvo a punto de precipitarse sobre aquella abandonada humanidad que roncaba encima de los fétidos jergones para llenarle el rostro de besos, para derramarle toda su ternura desamparada en raudales de puras lágrimas.

Pero, no. No podía ser. Allí estaba, para repelerla, aquel hilo de saliva que escapaba lentamente de la boca entreabierta de la borracha. Y ese ronquido intermitente, seco, como de hombre, y al fondo del cual parecía aletear una vieja expectoración. Y ese olor nauseabundo a vino y cebolla, olor a bar de mala muerte, a sórdida cantina con vigas al descubierto, musgosas de hollín, con telarañas, con pulgas y dolor de humildes galopando extraviadamente tras el olvido.

No. No podía ser. Y se echó de bruces sobre el otro camastro arrinconado en la pocilga.

El rostro apegado a la almohada sebienta, sin funda, soltó riendas al llanto. Las moscas del techo siseaban. Allí, cerca de la almohada, como de cara contra ella misma, Ana dejó manar el llanto igual que quien desaloja un viejo sentimiento querido, de a poco, lentamente, lentamente.

La invadía una profunda pena por todo. Por su vida. Por su madre. Por su propia ilusión y su verde esperanza que horas antes se habían quedado como petrificadas en medio de

su inmediato pasado. Porque él, Rómulo, había sido su ilusión y su esperanza.

¿Qué suaves manos le acariciaron el espíritu aquella primera tarde en que lo vio? Una emoción que debió habersele resistido por toda la vida en el pecho, para libertarse sólo en aquel instante, le había dado la clave de lo que era abrir el ser al verdadero amor. Lentas aguas de fe le inundaron los días. Y ya no vio la vida sino a través del gesto, la palabra y la mirada de aquel muchachón moreno y cordial que los clientes de la fritanga llamaban Rómulo.

Ahora, lejos de aquello, su mundo giraba en medio de una agitada atmósfera de niebla. Y más que nunca le pesó la visión brutal y la cruda experiencia que poseía de la vida. ¡Ah, la vida! En estos momentos sentía con sangrante congoja el dolor de vegetar sin que su existencia mereciera asumir alternativas que realmente desvistieran su alma de ese ropaje haraposamente trágico que ostentaba.

Apenas, sí, de la niñez, guardaba algunos recuerdos más o menos gratos. Sí, de la niñez, alumbrada por lunas de inocencia y tan repleta de esas bellezas que sólo al tranquear del tiempo vienen a hacerse sentir, justamente cuando el "natri" de los años se descortiza sobre el corazón. Bellezas de la infancia que sólo hoy descubría y que captaba desde esta ruda y hosca realidad que la circundaba como una bondadosa fragancia aspirada en sueños y que, a los pies de sus sentimientos, bien podía ser como una gran estrella arrodillada.

Ana estaba cierta de que el sexo era su fatalidad. Su sexo que, ya en la infancia, recordada hoy con tan profunda ternura, se había inquietado bajo la mano precozmente audaz de un compañero niño, en el escondite de los juegos vespertinos o nocturnos. Ella no sabría precisarlo. Pero, comprendía ahora aquel hondo apego suyo hacia el más audaz de sus pequeños amigos. Y sufría obscuramente pensando en que quizá el único que mereció la primicia de su cuerpo fué aquel pe-

queño aventurero de los lejanos días de la niñez.

Sin embargo, el destino estaba allí abierto en grises horas de fatalidad. Y tenía que ser el bruto de Belisario, aquel hombronazo que vivía amancebado con su madre, el que habría de descubrirle las sendas de una nueva función en la vida.

Lo recordaba tristemente. Su madre se encontraba ausente, entonces. Ella estaba orinando cuando Belisario entró. La puerta se cerró violentamente devuelta por el chocar de una silla. Fué algo imprevisto. Dos ojos brillaron en la penumbra. Ella, Ana, con sus trece años, se arrinconó como un animalucho acosado. Luego, los fuertes brazos que, pese a los gimoteos, la alzaron para arrojarla sobre la dureza del lecho. Tenía aún la sensación de los bigotes del hombre cosquilleándole el rostro.

Cuando el bruto se retiró, ella todavía se retorció. No obstante el asco que le produjo el hombre, una secreta felicidad aleaba en lo más hondo de su ser. Y, a pesar de esto, con qué satisfacción hubiera abofeteado a Belisario, cómo lo hubiera arañado hasta despedazarle el rostro peludo, repugnante y cínico. Mas, sólo se limitó a bajarse las polleritas, a cubrirse los muslos dañados. Afuera se oyeron pasos. La asaltó un terror convulsivo. El salvaje reía, tranquilo, ajustándose la faja a la cintura.

Fué entonces cuando entró al cuarto la madre. Todo estaba allí mostrando la realidad de lo acaecido: el gesto de Belisario, reposado y suficiente, mientras terminaba de ajustarse la faja; la actitud de Ana, apegada a la pared, temblorosa de terror, y los hediondos jergones revueltos en el lecho. Los celos mordieron violenta y dolorosamente el corazón de Eduvina, la madre. Los ojos se le saltaban. Los labios se le entreabrían mojados, babosos, trémulos. Y la rabia, que no era capaz de descargar sobre aquel hombronazo bestial, la precipitó sobre la pequeña en manotazos y palabrotas sin control.

—¡Descarada . . . descarada! . . . ¡Toma, aprende a meterte con el hombre de tu madre! ¡Toma, descarada, puta! Mientras tanto, Belisario se fué, riendo burlonamente. —¡Toma, aprende, descarada! . . . ¡Toma, perra, chancha! ¡Putilla!

El recuerdo de los insultos avivó el llanto en los ojos hinchados de esta Ana de ahora, sumida desesperadamente en su angustia y en su soledad.

Después que Belisario la poseyó, no sólo fué uno el hombre que encontró en ella el pocillo donde satisfacer su lascivia. No tenía para qué establecer cuántos fueron. Le era igual. Estaba segura, sí, de que ella no tenía la culpa de su fatalidad. Algo había en sí suyo, una como fuerza impetuosa, irrefrenable, que la impulsaba, que la arrastraba impiadosamente. La verdad era que siempre que buscó un hombre, lo hizo con la bendita esperanza de encontrar en él un compañero cordial que la resarciera espiritualmente de los sinsabores pasados, que la apartara del destino esquivo tan obstinado en hincarle sus dientecillos de ratón implacable.

Era así. Pero, el esperado compañero no llegó nunca. Y si creyó encontrarlo, de pronto lo perdió, siempre sobre el lecho crujiente de algún mísero cuartucho de hotel suburbano. Tal como acababa de perder a Rómulo, en cuya bondad mentirosa creyó descubrir el rostro abierto, franco y constelado de un nuevo destino. A Rómulo, para quien reservó la meseta más alta de su fe y los rescoldos más cordiales de su corazón. A Rómulo, que había fallecido recién en su esperanza, bajo el fustazo cruento de unas cuantas palabrotas llagantes.

Fué en una calleja solitaria, perdida en el arrabal sin madre. La noche otoñal, quejumbrosa de lejanos ruidos mecánicos, lloraba lentas estrellas desveladas.

Ellos caminaban de vuelta del sucucho en que el amor los había confundido entre rasgadas y ásperas sábanas de tocuyo.

—Tendré que irme a trabajar afuera. . .—dijo él.

—¡Me llevarás, Rómulo, ¿no?!. . . —había insinuado ella, anhelosa, aferrándose al brazo del amante, con la angustia del terrible presentimiento que sollamaba su ilusión.

—¡No, no te voy a llevar!. . .

Se detuvieron. Los primeros sollozos se ahogaron en el pecho de Ana. Su garganta temblaba. Estaba lívida. Se apretó al cuerpo de Rómulo.

—¡No me dejes, Negro, no me dejes! ¡Tanto que te quiero!. . . ¡Tanto que te quiero, yo!. . .

El vaciló.

La bondad que había maravillado a Ana, y frente a la cual ella había postrado sus más blancas ternuras, huyó de los ojos del hombre. De sus manos. De su voz. La crueldad se aposentó en ellos, rasgando la ínfima felicidad conquistada por ella a fuerza de tantas y tantas amarguras.

—¡No, no! —exclamó Rómulo, duramente—. ¡No podré llevarte! ¡Quiero a otra y me iré con ella! ¡Ya no quiero nada contigo!

—¡Rómulo, m'hijito! ¡No me dejes, Negro, no me dejes! . . . ¡Tanto que te quiero, Negro! . . . ¡Mi ñato!

Ana se abrazaba al amante, apretándose a él con toda la energía que le daba el dolor de su humanidad derrotada y huérfana. Las lágrimas irrumpían de sus ojos, tiernas, grandotas, como impulsadas por penas nunca lloradas.

Rómulo, entre sus brazos flacuchos, estaba hosco, cejijunto, indolente.

—¡No, ya no te quiero para nada! ¡Si siquiera hubieras estado "cartucha" cuando nos acostamos!. . . —recalcó cruelmente.

Parecía gozarse, expresando todo esto. Su indolencia se hizo irónica.

—¡Ya no te quiero para nada! —repitió.

Y casi riendo, la empujó, sin compasión.

Ana dió con el cuerpo en la muralla desconchada. Un agudo dolor le atravesó la espalda.

—¡Rómulo, m'hijito! —rogó aún, como una ternera herida. Pero él ya se alejaba.

La sombra lo devoró lentamente. Y el rumor de las marchitas hojas de las acacias —el buen árbol de los barrios pobres—, que caían al leve manoseo de la brisa otoñal, fué como un rezo camarada para la agonía del luminoso sueño de la mujer.

Pasó un rato largo antes de que ella se rehiciera y pudiera caminar. La noche y el mísero caserío parecían girar a su alrededor en movimiento vertiginoso de pesadilla.

Ahora, en el cuarto, sobre el lecho, los sollozos y las lágrimas eran como una libertad para sus apretadas dolencias espirituales. Revolcándose entre los jergones, Ana se mesaba los cabellos, gimiendo. De repente, se irguió. Echó una mirada vaga al cuarto. Su madre roncaba aún.

“¡Ah, la vieja borracha!”

Acaso ella tuviera la culpa de todo. ¡Pero, qué iba a tenerla! Desde luego, era una fatal como ella. Ocultó la cabeza bajo la almohada. Y volvió a los sollozos y a los gemidos, como perrilla prematuramente parida.

Eduvina, la madre, se movió en el lecho. El somier crujió tercamente. Una cara ancha, mofletuda, idiota, se mostró a la lumbre débil de la vela.

—¡Anita, Anita! ¿Qué te pasa?

Su voz seca, árida, cortante, se arrastró, inválida, por el cuarto. Cuidando de no caerse, la cuarentona ebria se levantó. Se rascó el cogote. Y se allegó, vacilando, arrastrando las chancletas, al lecho de Ana.

—¡Anita, Anita, ¿por qué lloras, m'hijita?! ¿Qué te pasa?

Ana, sollozando, oía a su madre. Pero, callaba. Unos deseos salvajes de abofetear le devoraban las manos.

La voz desértica y borracha de la madre, se pobló subitamente de suavidad y dulzura, abordando los oídos y el corazón de Ana, palpitante de ternuras desconocidas.

El odio, que tan a menudo sentía contra Eduvina, se prosternó en su sentimiento. Algo como agua nacida en fresca vertiente montañesa, le inundó el pecho.

Se volvió.

—¡Mamá! —exclamó, con sílabas recorridas de temblores.

Y sus ojos negros se abrieron, húmedos no sólo de lágrimas, sino que de secretos rocíos espirituales, surgidos de los más lejanos parajes de sus intimidades humanas.

La borracha se recostó junto a ella.

—¡Pobre hija mía! —dijo quedamente, suavemente, con delicadeza de brisa que no quisiera dañar a la flor de su encanto.

Apenas su intuición le permitía suponer qué podría ocurrirle a la hija. Mas, en medio de su borrachera aún viva, los brazos de una comprensión infinita le circundaban el triste suburbio que era su alma.

Se desbordó en ternura. . . Y le besuqueaba el rostro como seguramente no la besuqueó ni de niña. Le besuqueaba el rostro y le hundía las toscas y sucias manos entre los cabellos, acariciándole la nuca.

Ana se dejaba hacer. Y tenía la sensación de hundirse en un clima de sacarinos paisajes.

Era la comprensión encontrada, de repente, tras un desfile sucesivo de derrotas. Es decir, era un gesto natural de la vida.

—¡Pobre, m'hijita!

Eduvina lloraba. Sollozos borrachos como toda ella, le estremecían los pechos grandotes, fofos. Rozaba su rostro contra el de la hija. Las lágrimas de ambas se apretaban las tiernas manos filiales. Nunca madre e hija habíanse sentido más juntas. Y lloraban, silenciosamente, asistidas por el calor

de una mutua piedad encinta de esperanzas.

Así, se quedaron dormidas.

El tiempo tranqueaba con una dolencia espinosa a las espaldas. Una araña se descolgó desde una de las vigas, tejiendo afanosamente su tela. Las moscas seguían inquietas, arriba, runruneando extrañas historias de bacilos ignorados.

De improviso, Eduvina se dió vuelta, cayendo pesadamente al suelo. Se oyó un ruido blando, suelto, de masa aguachenta. La mujer se quejó. Se revolvió, en seguida, sobre el piso, como una bestia. Y quedóse quieta, de espaldas, el moño deshecho, roncando, roncando.

La muchacha, dormida, era asaltada, a momentos, por profundos suspiros: resabios entrecortados de su pena.

La vela gastada hizo arder los papeles pasados de sebo que la sostenían en el frasco. Y una llamarada esporádica espantó al mosquerío, dispersándolo, desconcertado, por el aire pesado del cuarto.

La sórdida pocilga se llenó de una iluminación festiva por breves instantes. Y no tardó la obscuridad en gozarse, devorando entre sus raigones ávidos ese pequeño mundo, en el que los suspiros y los ronquidos de dos mujeres eran como el renguear de toda una desolada y gris humanidad.

Persistía el olor a hongos podridos, a orines, a sebo quemado. Por el tragaluz sin vidrios, no obstante, unas cuantas estrellas se asomaban, balanceándose en medio de la noche pálida, en tremeluciente actitud de esperanza.



La Jauría

EL HOMBRE SALIO al patizuelo tatuado de baches lechosos, portando una percutida toalla de tocuyo sobre uno de los hombros. Vestía pantalones de mezclilla ajustados mediante un cinturón reseco y resquebrajado y una camiseta bastante vieja ya, sin mangas, un poco pulgueda. La mujer, recién aseada y liso el cabello, sabrosa de juventud, soplab a una cocinilla, envuelta de humo, encima de la cual se hallaba, a punto de hervir, una tetera azul, un tanto abollada y otro tanto recubierta de manchones vagos de hollín.

El hombre miró a la mujer detenidamente allí donde ella ostentaba la firmeza de las nalgas, comba y dulcemente tensas, y allí donde el vestido deslizábase en armoniosa caída plegada entre las lomas de la grupa poderosa. Doralisa Canales era casi menuda, pero dotada enteramente de una virtud absoluta de hembra. El marido hubiera golpeado allí con mano tosca y tierna, como en otros tiempos. Mas, cierta de la justificada morriña de ella, detuvo paso e impulso.

“No.”

La mujer siguió soplando, como ausente de la presencia del hombre, aunque presentía su vecindad y la caricia espesa de su mirada contra la provocativa prestancia de sus carnes. Hubiera vuelto el rostro, de repente, porque ciertas miradas del hombre fueron siempre como si la quemasen y la hicieran casi desfallecer, no sólo cuando se fijaba de frente a sus pupilas, sino cuando la envolvían con el azote lento y robusto que toda ella despertaba al instinto varón siempre renovado. Sin embargo, no. Y se estuvo pendiente, sujeta temblorosamente de alma adentro a la caliente atadura de una amable palabra.

“No.”

El hombre esbozó una sonrisa: “Mujer terca.”

Y la mujer: “Hombre ingrato. Perro sin corazón. ¡Y

amarle de ese modo!"

El chisperío de la cocinilla pareció alucinarla. Ronroneaba la tetera como una gata regalona. La mujer dejó de agitar el soplador de totora deshilachada. Y el líquido comenzó a soltar el hervor. La mujer se alzó, entonces, volviéndose, sin mirar al hombre. Era en ese momento una soberbia bestia luminosa bajo el día tempranero, de cabeza hirsuta de nubarrones enormes y oscuros a punto de largar sus aluviones. Caminó hacia el cuarto, metiendo torpemente un pie en una poza. Los nubarrones danzaron en el agua, despedazándose.

"¡Qué tontería!"

Fué también como si, al igual que la poza, algo por mucho tiempo querido se le quebrara en los predios del alma. Los pechos briosos, de pezones afrutillados por el frío, le vibraron. Y lanzó un suspiro: —¡Ay, Dios!

Recién ahora el hombre se desperezó. Y sintió el rostro envuelto en el hálito áspero de sus sobacos.

Allí estaba el lavabo: un cajón vacío de azúcar sobre el cual un tiesto cacarañado le esperaba para el simple menester del aseo. Caminó unos pasos. Y:

—Tráeme el jabón, Doralisa, —dijo con voz tranquila, mientras tomaba el lavatorio y sacaba agua de la barrica vecina. —Y el cepillo de los dientes también, mujer; por favor.

Ella, Doralisa, estaba en la puerta del cuartucho, mirándole las espaldas, el torso burdo, anchote, pero tan amable siempre para la necesidad de su amor. Le admiraba como él a ella. ¡Pero cuánta sombra entre ambos!

—¡Fantasmas! —decía el hombre a veces rabioso. —¡Tú ves fantasmas! ¡Fantasmas, Doralisa! ¡Esas brujas de tus vecinas te llenan el alma de visiones!

Y tosía de exasperación.

—¿Fantasmas, dices? No, no, no, Gerardo. No son fantasmas. No preciso de cuentos. Veo, siento lo que ocurre.

—¡Estás embrujada, mujer!

—Ja, ja, ja! —reía ella con rencor profundo.

—No te rías de ese modo que no te asienta. Te afeas como las brujas de tus vecinas. ¡Mujeres del diablo!

—¡Vaya, Gerardo, siempre tan niño! Lo nuestro se está destruyendo. No sabes que las mujeres tenemos ciertos ojos que no son precisamente para llorar.

—Estás loca, Doralisa. Loca, más que loca. Y cállate que no te asienta ponerte así.

Ahora la mujer no dijo nada. Estaba dispuesta a permanecer silenciosa, aunque las palabras se le atropellaban en algún lugar suyo donde la ternura tiende a convertirse en odio. Dejó de mirarle en el mismo instante en que el hombre terminó de reclamar:

—¡El jabón, el cepillo, mujer!

Desapareció en la oscuridad de la puerta de aquel rancho de trozos de ladrillos sueltos y latas viejas. No tardó. El hombre encontrábase mirando hacia un sitio vecino donde se alzaban otros ranchos tan decrepitos como el suyo. Las malas alambradas estaban allí quietas, mohosas, florecidas, como el pocilguero todo, de mínimos pétalos y estambres resquebrajados, amarillos, oscuros, como son las lágrimas de los viejos metales.

—Aquí tienes.

La voz de la mujer tuvo también sus florecencias, ni dulces ni agrias, pero cálidas: las florecencias de los metales de las almas que sufren en medio de la brega inútil tras un mendrugo de comprensión. El hombre recibió el jabón gastado y el cepillo raleado.

—¡Doralisa! —exclamó.

—¿Qué? —exclamó a su vez quizá sorprendida la mujer.

Gerardo la miró. Mas, no fué la mirada de lejanos días. Ella lo sintió hondamente. No. Era diferente ésta a esas miradas tal vez eternas que preceden los mejores momentos del amor.

—Oye, Doralisa. ¡Oyeme, no creas en cuentos!

—Eso quisiera, Gerardo; eso quisiera, hombre. Pero no puedo, no puedo, siento demasiado.

—Te repito que estás loca.

—¿Loca? No, no, Gerardo. Te digo que siento demasiado.

—Te están llenando las orejas de veneno.

—¡Vaya, hombre! —dijo irónica ella—. No necesito de ojos ni de oídos para saber qué es lo que está ocurriendo.

—¡Bueno! —exclamó, alterado, él.

Y frotó las cerdas del cepillo en el jabón.

—Con *ese bueno* lo arreglas todo, Gerardo— habló la mujer, airada, roída de rencor y de despecho.

Y se dirigió hacia la cocinilla a retirar la tetera que parecía huír de las garras del fuego. El manoseo del humo la atosigó. Y carraspeando en un vano esfuerzo por desasirse de la angustia que comenzaba a herirla:

—Tendrás que tomar agua caliente, no más —dijo al hombre. —No he encontrado té ni café en ninguna parte.

—Cuándo no . . . —comentó Gerardo.

Y se dió a cepillarse los dientes. Nariz arriba, le arañaba el olor del jabón barato. Y recordó más de un beso entregado en plena boca en alguno de esos lugares en que la miseria humana conquista un poco de libertad amorosa a bajo precio.

Y, en medio de la añoranza súbita, una voz:

—*Besas tan bien, chiquillo. Me gustarías como esposo.*

Y la propia voz:

—*No te apures, encanto, todo a su tiempo.*

—*Dame otro beso, lindo—. Es rico quemarse en tus labios.*

Bésame más.

—*Aquí tienes. Ahora bailemos.*

—*No, precioso. Me gusta que me tengas en tus rodillas.*

Bésame.

—*Toma.*

—*Otra vez, m'hijito. Ay, rico, no seas atrevido. Bien dicen*

que a los hombres hay que amarrarles las manos cuando chicos.

—¡Déjame, preciosa! ¿No voy a ser tu marido?

Y próximas a las reminiscencias del olor a jabón barato, la música, la congoja de una sinfonía llorona, triturada en los sonos de un piano desvencijado, añoso como las prostitutas en desuso.

Lo retrotrajo a la realidad el llanto de un niño castigado por una vecina. “Vieja bruja. Será una de las que atosigan a mi mujer de historias.” Gerardo tomó una vez más el jabón y se cubrió de espuma las manos. “Maldito olor.”

—¿No te vas a afeitar, hombre? —le habló en este instante Doralisa.

—No —respondió él, restregándose ahora el rostro. Luego frotándose el cuello con la toalla:

—¿No te enojas tú cuando me afeitó? —rió el hombre.

Doralisa no respondió. Tenía una taza desorejada en una mano. Y atendió a una discusión aguda de impropiedades que había en la vecindad, en el interior de no sabía qué rancho.

—Apúrate, hombre —al fin dijo. Ya estás atrasado.

Entraron juntos a la pocilga. En la diestra de ella, la taza lanzaba ahora vaharadas de vapor cordialísimo, apurando el ansia de calentarse las tripas. El hombre recién tuvo conciencia del frío que lo asediaba, engrifándole los poros.

—Hoy día no nos libra nadie de la lluvia, —dijo sólo por decir algo.

—Que sea para no perder la costumbre —comentó, desgana, Doralisa.

En el único lecho, armado sobre un rústico encatrado de troncos sin descortezar, se revolvió un niño.

El hombre estuvo peinándose unos momentos antes de endosarse la camisa, el yerse y el paletó.

Por encima del rancherío, bajo los nubarrones tenebrosos, se distendió el aullido de una locomotora en marcha. Doralisa se sobrecogió. Gerardo buscó asiento a un costado de la

humilde mesa. Comenzó a beber con cautela el agua de cedrón.

—No le pusiste un poco de azúcar quemada.

—¡Vaya, no se me ocurrió! ¿Te preparo otra taza?

—Bueno.

La mujer salió. Regresó pronto. Traía una pequeña brasa en un platillo. El hombre apuró los sorbos.

—Ya está . . .

—Ponle azúcar a la taza, hombre.

En seguida chirrió la brasa en el pocillo. Y un olor a incienso de pobre abatió los malos humores del cuartucho antes de que el chorro de agua hirviente colmara la taza. El hombre se estuvo mirando el carbón y las hojas que nadaban a flor de líquido, mientras aspiraba el vaho fragante algo así como a iglesia. Se le oyó masticar y tomar el agua reconfortante.

—Con un poco de maña, esto cambia, —comentó, mientras mordía otro mendrugo de pan. Todavía permanecía en las paredes de su boca el regusto a jabón barato. El hijo seguía revolviéndose en el lecho, como quejándose, y la madre se acercó a calmarlo. En tanto lo atendía, preguntó a Gerardo:

—¿Llegarás temprano esta noche?

—No sé, mujer. Hay sesión en el sindicato.

—Acuérdate de que hay también sesión en el comité de la población.

—Mmm . . . Mmm . . . —dijo entre masticadas el hombre.

—Anda tú. No puedo yo estar en dos partes a un tiempo.

—Tú eres el dueño de casa, Gerardo. En el comité te necesitan.

—Lo sé, pero esta vez anda tú.

—Claro que tendré que ir yo. Se va a tratar del asunto del agua.

—Eso es, anda y habla firme. Ya está bueno con eso del agua. Nosotros tendremos que redactar el pliego de peticiones.

—Pero trata de llegar temprano, hombre. A lo mejor alcanzas a la sesión del comité.

—Veré modo.

El hombre se levantó, se colocó el yoque. Sobre el techo de latones aplastados con grandes piedras comenzaron a caer los primeros goterones.

—Ya está —habló el hombre—, la primavera empieza a bailar.

—Regresa temprano, hombre, —le reconvino la mujer, una vez más, en tanto Gerardo salía.

—A ver . . . Hasta luego.

Ya en plena calle sin aceras, en cuyo medio verdecían las pozas podridas, inquietándose con los primeros golpes de los nubarrones que lentamente se deshacían, se echó sobre la frente la visera del yoque, se alzó el cuello del paletó y se fué silbando, a pasos firmes, tan confiado como un hombre feliz. De otros ranchos iban saliendo diversos hombres sombríos. Algunos le saludaban cordialmente, sintiendo en los rostros el hielo pausado del agua. No lejos se alzaban, contra los cerros distantes coronados de niebla de plomo, las figuras de unos durazneros, abiertos rosadamente en millares de corolas olorosas, viudas de insectos.

En el pilón común del agua potable, mujeres y chiquillos llenaban sus tachos de medio de voces y gritos. Una bandada de gorriones huía bajo la lluvia todavía tímida.

Gerardo se echó las manos a los bolsillos del pantalón y se le vió como si fuese dando de puntapiés encima de unos manchones de pastos.

* * *

A MEDIA mañana, ojos, rostro, vestimentas y pasos enredados entre las hilazas de la lluvia, Doralisa salió de su casa con un tacho colgante de la diestra, en dirección al pilón del agua. Allí estaban las comadres dándole suelta a la lengua, a pesar del chubasco que acrecía.

—¿Qué tal, vecina? ¿Cómo ha amanecido?

—Bien . . . Buenos días, vecina.

—Buenos días, señora.

—¿Cómo está, señora Dora? ¿Qué tal el agüita que nos manda Dios?

—Dios, no más, la manda, pues . . .

—¡Ay, qué consuelo, qué resignación! Dios podría hacer que nos pusieran llaves en los patios.

—¿Y cómo, vecinita, si estos terrenos no son de nosotras?

Las mujeres iban diciendo sus palabras atropelladas, y éstas eran como torpes granizos de azogue.

—Y tan buena moza que amaneció usted, vecinita. La lluvia parece haberla puesto linda.

—Déjese de cosas, señora.

—Sí, es cierto, doña Dora. Qué buena moza que anda y . . . el ingrato de su marido . . .

—¿Ah? ¿Qué . . . qué de mi marido?

—¡Si usted sabe, vecinita!

—¿Qué? ¿Qué es lo que sé?

—No se haga la desentendida, señora, señora Dora.

Doralisa Canales agachó la cabeza y estuvo a punto de tirar el tacho que en ese instante recibía el chorro del pilón.

—Cierto, señora —habló otra mujer, alisándose las mechas. Su marido abusa demasiado con usted. No sé cómo lo soporta.

—De veras, —habló una vieja de voz varonil—. ¡Cómo se ve que no lo ha encontrado nunca con la otra!

—¿Quieren dejarme tranquila? —habló quejumbrosamente Doralisa—. ¡Por favor, no me atormenten!

Doralisa tomó el tacho del aro en ademán de alejarse.

—No, no, no, vecina. No se vaya. Oiga, haga algo. ¡Dele una paliza a esa sinvergüenza! ¡No hay derecho!

—Sí, doña Dora, haga algo. Yo sé la dirección. Vive en el rancherío del otro lado de la línea.

—Eso es, vecina, haga algo. A estas chanchas hay que darles una lección.

—¡Yo no aguantaría a una descasadora igual! ¡Ay, Dios!

—¡Déjenme tranquila, por favor, déjenme tranquila! —sollozó ahora Doralisa. —Todo puede ser cierto. ¡Déjenme!

—¡Mire, vecina, para estar tranquila —exclamó la vieja de la voz ronca— tiene que ganarse su tranquilidad—. ¡Yo iba a aguantar que una cochina como ésa me robara a mi hombre!

—¡Y yo. Ja, ja, ja! No, vecina, usted tiene que hacer algo.

La lluvia caía con una continuidad desesperante. Se helaban los rostros y se mojaban las ropas de las hembras. Sus palabras se desparramaban con una constancia insidiosa, espesas de insinuaciones en que el odio olía a sebo podrido penetrando lo mismo que hierros candentes en el alma de Doralisa.

—Me voy —dijo de repente y tercamente ella.

Las hembras no la retuvieron ya. La vieron alejarse triste y hundida en sí misma, a la rastra, como su ánima el tacho de agua a medio llenar. Chapaleaban en el barro sus chancletas deformes. Y las chancletas, y el tacho colgante y su rebozo empapado, la hacían perder toda belleza, esa belleza de las caderas, del andar; esa alegría potente de las nalgas, y ese gozo de los muslos y de los pechos cuando las manos de su hombre los acariciaron.

Acá, junto al pilón, estallaban las carcajadas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonta esta vecina! Yo la pescaría a las dos, a ella y a la cochina de la amante, y les daría cabeza con cabeza.

Las risas nadaban igual que tenebrosos peces en medio de la lluvia y en la raíz de los sentimientos de Doralisa, que ahora penetraba en su habitación casi desmantelada como si fuese un desmedrado fantasma de la luz.

* * *

EL ATARDECER se descolgó por encima de los techos y sitios eriazos lo mismo que el ánima de viejos pesares. Llovía aún sobre la herrumbre de los miserables, encima de la ternura y la maldad de los humildes. Mas aquella mujer que golpeó

al rancho de Doralisa se traía más abajo de la piel, más adentro de las pupilas, en las lejanías más íntimas de su ser, un dolor noble, transido e inmarcesible.

Salió Doralisa, hermosa de tristeza, bella de la angustia de todo el día. La recién llegada casi no habló. Dijo algo vago, algo de una vaguedad entre cuyos intersticios sonó y resonó, sí, la música varonil de un nombre:

— . . . Gerardo . . .

—Sí . . . ¡Sí! —habló, temblando, presintiendo el eco de no sabía que presagios, Doralisa—. ¡Sí, señora! ¡Sí, Gerardo vive aquí!

La recién llegada afirmó la voz. Levantó más la cabeza.

—Me gustaría verlo, señora.

—No está. Regresará tarde. Así dijo. ¿Para qué lo quiere?

—¡Vaya! ¡Qué lástima! Necesito hablar pronto con él —habló la visita.

Se quedó como pendiente de algún recuerdo y meneó la cabeza con desolación. En la calleja comenzaron a oírse voces, difusas primero, luego mejor definidas. El crepúsculo se pobló de cuchicheos y sombras movibles. Alguien gritó:

—¡Si es ella, la muy perra! ¡Si es la Paulina . . . vaya con la perra!

Grito despiadado, viscoso de insidia.

Los presentimientos de Doralisa se aglutinaron en un ansia extraña, incomprensible y terrible de bestia apaleada. “¡Ella, ella, ella!”

Paulina, la desconocida, prosiguió:

—Necesito verlo, señora; necesito verlo lo antes posible.

Las sombras se delinearon casi junto a la puerta misma del rancho. Una voz de mujer ancha y ronca como si fuera de varón: —Si es ella, la muy chancha! —peroró desaforada.

Y otras voces: —¡Es el momento, vecina Dora! —chillaban. —¡Es el momento, desahóguese de sus sufrimientos! ¡Ella es la mal nacida! ¡Ella es la muy perra!

Doralisa estaba desconcertada, extática. Luego, de repente, fué como un cadáver que estuvieran descolgando de la horca.

—¿Así que es usted? —interrogó lentamente, con rudeza pausada de hacha que talara bajo el crepúsculo, mordiéndose, con padecida violencia de felina que ve arrojar a las aguas corrientes la totalidad de sus cachorros; con palabras crecidas de púas—. ¡Así es que eras tú, cochina! . . . ¡Bruta, canalla! ¡Yegua desgraciada!

Y aferró sus dedos a los brazos invisibles, pero tan plásticos, cálidos y tremolantes de la llamada Paulina.

—¡Pero, señora, ¿qué pasa, qué ocurre? —reclamó ésta, tratando de intuir siquiera la verdad de todo.

Intentó desasirse. Mas ya era tarde. Doralisa la golpeaba a dos manos, a dos puños, en la cara, coreada por el chivateo del hembraerío desalmado.

—¡Eso es, vecina, dele fuerte! . . . ¡Firme con ella!

—¡Patéela, mácala, mácala a la muy chancha! . . . ¡Maldita!

Paulina, quejándose, intentaba inútilmente defenderse. Soportando, resistiendo la andanada de golpes, clamaba:

—¿Pero qué pasa, Dios mío? ¿Qué pasa? . . . ¡Gerardo!

—¡Y lo llama la muy pícara, y lo llama!

—¡Si será canalla! . . . ¡Si será cínica!

—¡Dele, dele a la muy chancha! . . .

—¡Gerardo, ven, Gerardo, Dios mío!

—¡Y lo sigue llamando la descarada!

Y la mujer de la voz de varón peló los raigones de dientes, para dar también sus golpes de pies y manos a la intrusa.

—¡Gerardo, Gerardo, ay, ay! . . . ¡Ven, Gerardo!

El grupo de hembras, convertido en una jauría de perras hambrientas recién sueltas, se plegó enteramente a la violencia de los golpes y rasguños.

Y Doralisa: —¡Toma, toma, toma! —decía, como al borde de la locura, los puños sin tregua.

Paulina intentó la huída.

—¡Por Dios, pero por Dios, ¿qué les pasa?! ¡Piedad!

—¡Miren la muy perra! ¡Piedad quiere ahora . . . piedad, ja, ja, ja! —saltó la voz machona de la vieja.

Doralisa no pudo más y, acezando, dejó que las otras continuaran la faena.

—¡Así es que era ésta! —exclamó apenas, ahogada por el cansancio—. ¡Era ella!

Paulina había caído. En medio del barro, cerca de una poza, se quedó gimiendo, maltratada por la furia sin padre de las mujeres.

—¡Gerardo, Dios mío, Dios mío!

De repente las sombras parecieron aclararse. Entre los pies que todavía no dejaban de patear aquel cuerpo retorcido y quejoso, unos ojos se fijaron en los muslos desnudos, vibrantes, espasmódicos, cubiertos de sangre, y en el vientre congestionado. Y saltó el aullido:

—¡Mi alma, si esta mujer va a desembuchar!

—¡Santo cielo —gritó otra—, si va a parir!

—¡Cierto, si va a tener guagua! —fué como si delirara una tercera.

Luego, y en medio de diversos gritos, bajo las sombras acribilladas de sollozos, la piedad y la comprensión alearon como dos doncellas estelares.

—¡Llévenla a mi rancho! —exclamó la mujer de las palabras machorras.

—¡O al mío, si quieren! —ofreció una garganta dulcificada de maternidad.

—¡O déjenla aquí, en mi cuarto! —habló con un temblor de cielo recién amanecido, Doralisa Canales.

En seguida el silencio pareció llamar a las almas a una comunión de ternura. Y la lluvia volvió a caer en lentos y tersos orvallos casi tibios, como humanizados por el brotecer de la nueva vida.

LA CRITICA OPINA SOBRE EL AUTOR

RICARDO A. LATCHAM, crítico de *"La Nación"*:

"Aquí se historia un barrio con sus características inconfundibles y dentro del determinismo fatalista de la miseria, del dolor y de la explotación del hombre. Ha pasado ya el tiempo en que se buscaba en el pueblo un tema de exotismo intelectual, un deleite turbio para los sentidos o un escenario para difundir difusas compasiones."

DOMINGO MELFI, bajo el pseudónimo de "Alfa":

"La novela chilena no ha conocido hasta hoy un hecho parecido a éste. Yo sé que hay escritores que han hablado, como se dice, del conventillo. Lo han pintado desde otros ángulos, como si dijéramos, mirándolo desde la puerta de calle o desde la entrada. Es diverso el tono. Guzmán ha empleado recursos descriptivos que no emplearon ni Edwards Bello, ni González Vera, ni Alberto Romero, ni Sepúlveda Leyton."

JUAN DE LUIGI, crítico del diario *"La Hora"*:

"... Guzmán representa la vida de todos los barrios americanos en los que hay seres que viven, sufren, esperan."

RAUL SILVA CASTRO, crítico, en *"Las Ultimas Noticias"*:

"Es maestro en el diálogo y sabe armar personajes y aun escenas completas con extraordinario relieve y con persuasiva eficacia."

La Revista de la Universidad de Antioquía (Colombia):

"Guzmán, con mística absorción, ha permanecido oteando el vasto panorama de su pueblo con todos sus altibajos, con sus sonrisas y con sus lágrimas."

JACOBO DANKE, poeta chileno:

*"El que quiera asomarse a los límites de su corazón, que lea *"Los Hombres Oscuros"*, pedazo de realidad arrancada a tirones de la tremenda realidad chilena que se cierne sobre el pueblo... que lea este libro y que entonces diga: *"He sostenido un doloroso coloquio con la verdad."**

